

2010

Nº 10 de la Revista Literaria
Katharsis



Publicación digital

Nº 10. Julio.

31/07/2010

Dirección:

Rosario Ramos Fernández
Damián Fajardo

Edita:

© Revista literaria Katharsis

Correo:

rose@revistakatharsis.org
damian@revistakatharsis.org

Sitio Web:

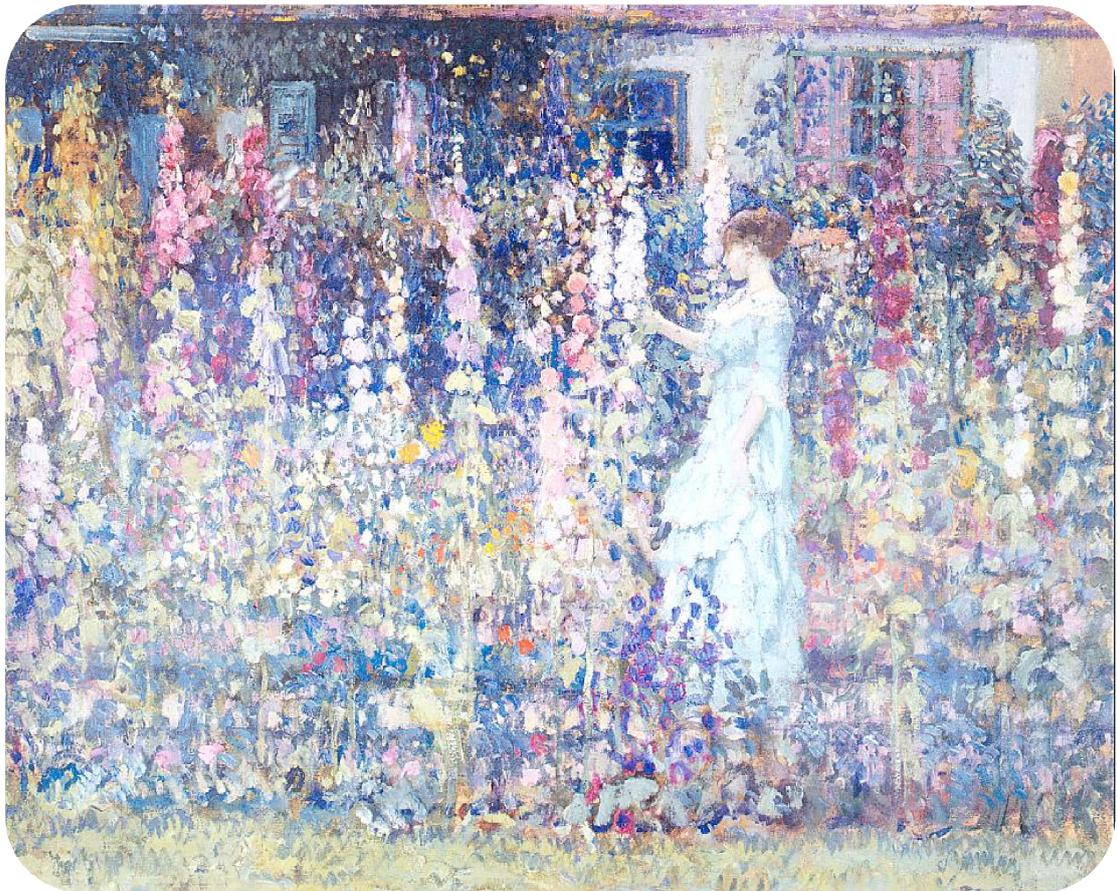
<http://www.revistakatharsis.org/>

Depósito Legal: MA-1071/06

SUMARIO

ANTOLOGÍA POÉTICA	4
«Esqueje» de María José Mures	5
«Fue» de María José Mures	6
«Sin letrado» de María José Mures	7
«Sur» de María José Mures.....	8
«Frambuesa» de María José Mures	9
«Pantagruélico cuerpo» de María José Mures.....	10
«Insolación» de María José Mures.....	11
Perfil biográfico de María José Mures.....	12
«Susurros de la noche» de Gustavo Marcelo Galliano	13
«Pulsaciones» de Gustavo Marcelo Galliano	14
«De cumbres y goces» de Gustavo Marcelo Galliano.....	15
Perfil biográfico de Gustavo Marcelo Galliano	16
«¿Qué tal tus doce hijos, Sabio Mun?» de José Ángel Pizarro.....	17
Perfil biográfico de José Ángel Pizarro	18
«Bajo un cielo gris» de Ignacio Barroso Benavente	19
Perfil biográfico de Ignacio Barroso Benavente.....	20
«1810» de José Luis Díaz-Granados	21
Perfil biográfico de José Luis Díaz-Granados.....	22
«Calle del Amor» de Víctor Corcoba Herrero.....	23
«La búsqueda» de Víctor Corcoba Herrero.....	24
«Alma para reencontrarse» de Víctor Corcoba Herrero.....	25
«El Amor verdadero» de Víctor Corcoba Herrero.....	26
«La llama del sueño» de Víctor Corcoba Herrero	27
Perfil biográfico de Víctor Corcoba Herrero.....	28
«Abriendo puertas» de M ^a Carmen Rodríguez Reina.....	29
RELATOS CORTOS	31
«El quiosco azul» de Ignacio Barroso Benavente.....	32
«Cuando soplaban el levante» de Antonio David Bravo Carrasco.....	34
Perfil biográfico de Antonio David Bravo Carrasco	44
«Confesarás tus pecados» de Gustavo Marcelo Galliano	45
«Déjà vu» de Gustavo Marcelo Galliano	46
«Los trenes y el Tiempo» de Lourdes Otero León.....	50
«Patri la Gimnasta» de M ^a Carmen Rodríguez Reina.....	60
Una mirada al pasado a través de las postales antiguas de Reg. Maurice.....	62
RESEÑAS DE LIBROS	63
Perfil biográfico de J. Félix García.....	64
«Impuesto sobre Sucesiones y Donaciones en España» de J. Félix García.....	65
«Alba Cromm» de Vicente Luis Mora.....	69
Perfil biográfico de Vicente Luis Mora	70
Gacetilla de prensa de Ina Lomazzi.....	71
ARTÍCULOS Y ENSAYOS.....	72
«El error de Sancho Panza» de Juan Antonio Bellido.....	73
«Las estrategias de la modulación y de la transposición en la traducción de Hernando de Hozes (1554)» de Alicia López Márquez (profesora del Dpto de Filología y Traducción de la Universidad Pablo de Olavide).....	78

ANTOLOGÍA POÉTICA



María José Mures

Esqueje

Verdad es que la poesía también se escribe con el cuerpo.
CERNUDA

Mueve mis caricias con tus manos
hasta que llegue
el fin del universo,
sigue meciendo la cama
simula ser
esqueje en mi cuerpo.
No sé que estambre
me une a ti
que sin estar cosida
deseo seguir cosiendo.



María José Mures

FUE

*de qué manera me encontré contigo
que ya nunca más pude separarme...*
ALINA GALLIANO

No me hizo feliz
ni el libro,
ni la tarta de nata
que comí con la vista,
ni el anillo
que invitaba a una
vida junto a ti,
fue
mi pseudamuerte
al morder la manzana
en vaivén sobre ti.



María José Mures

SIN LETRERO

No hay letrero
de coto privado de caza,
pero son tuyas,
en la piel están
todas las caricias,
las ternuras todas,
todas las humedades
de tu reserva y la mía.

Vivir para tenerte,
vivir esos cinco minutos,
en donde redondeas
mis ovidos de placer.



María José Mures

SUR

*...estabas para el amor formada,
hecha para el suspiro, el mimo y el desmayo...*
FEDERICO GARCÍA LORCA

Al sur de tus pechos
duerme el mirlo prometido,
al sur de tu vientre
perpetuo deseo,
intentar despertarlo
dándole mi comida
o dándole agua
pero vuela sin querer.



María José Mures

FRAMBUESA

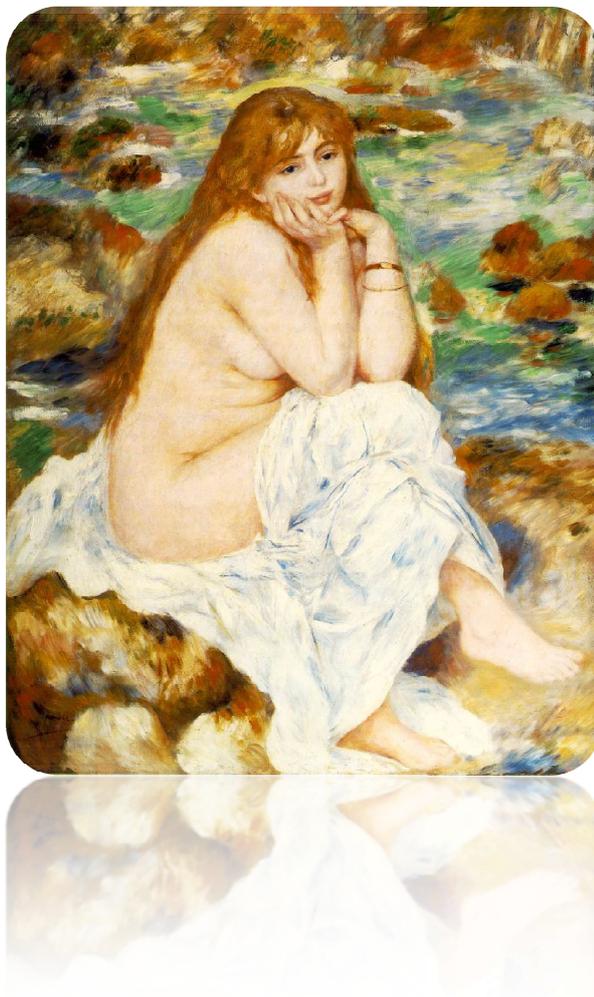
Cacao de frambuesa
en la arboleda llevabas,
evité besarte
a pesar de lo ocurrido,
me excitó el diseño
sin estudio o sí
de Ágatha.
De frambuesa tu cacao,
mental el mío,
a cacao de frambuesa
sabe mi primer labio.



María José Mures

PANTAGRUÉLICO CUERPO

Debajo de tu pecho
estaba el mar,
tus ojos
mirabel de deseo
como margarita
me llamaban,
con ecúóreos movimientos
llenamos el mar con los ojos.



María José Mures

INSOLACIÓN

Roja desnuda
en la cama de agosto
y dolorida por la piel
te miraba.

Dormías roja de silencio,
yo diablo
te iluminaba como linterna
con ojos de deseo,
no escuchaba nada
sólo tu respiración.

Quería sentirte
in puris naturalibus
mas qué diría tu piel,
era un diablo,
maldije al sol
por no amarte ese día.





MARÍA JOSÉ MURES

Nace en Fernán Núñez, Córdoba, el 4 de abril de 1970. Es diplomada en Educación Especial por la Universidad de Córdoba y habilitada en Educación Infantil por la UNED. Es Máster en logopedia en Rehabilitación de los trastornos del lenguaje y el habla por la Universitat Politècnica de Catalunya.

Fue directora adjunta de *Revista de Feria* de su localidad durante dos

años y después formó parte del grupo de redacción. Sus versos aparecen en Revistas Literarias como *Alhucema*, *Baquiana*, *Arique de Cuba*, *La pájara pinta*, *Caños Dorados*, *Pan de Trigo*, y otras de soporte digital. Tiene publicados tres libros: *Antes del Amor*, *Zahorí* y *Cambalache*, este último prologado por Aimée G. Bolaños. Está incluida en la *Antología de poetas de Fernán Núñez*, 2006. Ha sido colaboradora en la edición del libro de *Romances y canciones de Amor II*, 2006, de la Diputación Provincial de Ciudad Real. En ese mismo año el Ateneo de Almagro la nombra *Socia de Honor*.

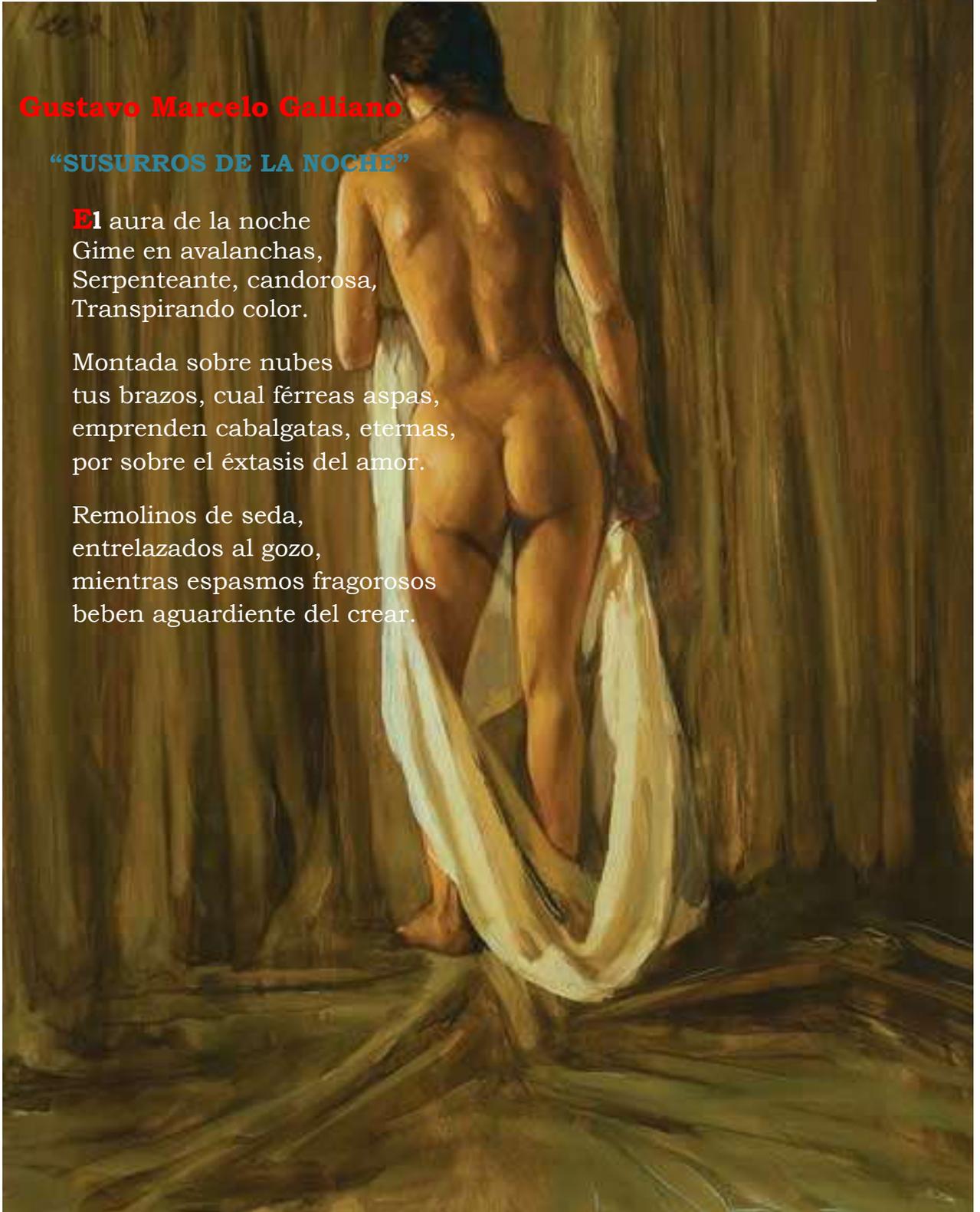
Fue merecedora del segundo Premio de Poesía en Alfafar, Valencia, con su poemario *Zahira* y en 2007 fue premiado su poemario *Entre la espada y tú, amor* en el V Concurso Nacional de Poesía “Caños Dorados”.

Gustavo Marcelo Galliano**“SUSURROS DE LA NOCHE”**

El aura de la noche
Gime en avalanchas,
Serpenteante, candorosa,
Transpirando color.

Montada sobre nubes
tus brazos, cual férreas aspas,
emprenden cabalgatas, eternas,
por sobre el éxtasis del amor.

Remolinos de seda,
entrelazados al gozo,
mientras espasmos fragorosos
beben aguardiente del crear.



Gustavo Marcelo Galliano

PULSACIONES

Perlas nacaradas de sal
corrompen tus encías con sonrisas,
bebiendo el peregrino sudor de mirra,
la flema del ajeno, ángel desértico.

Letras circulando arterias
en el corazón vertiginoso del alma,
cual biblioteca humana transmigrada
bifurcándose por venas y vectores.

Manos vacías de tímidas caricias,
brazos exiliándose de abrazos,
vano será cada latido entonces
si esos ojos se hacinan en sus cuencas.

Músculos amnésicos de tensiones,
tendones distendidos, holgazanes,
fortaleza erigida en ruina ardiente,
Infierno de la otrora joven Muralla.

Destellos implosivos, disonantes,
música del alma amarrando ensueños,
desesperados tulipanes sofocando puentes
y ante el menor desliz truenan Tocata y Fuga.

Cartas de amor jamás escritas,
rostros desfibrilando memorias,
cartílagos de pasión deshilachados,
derrotero del olvido perpetuo y marmóreo.

Letras, caricias y abrazos,
pasión y sensualidad anquilosadas,
braman las perlas rumbo al averno sensitivo,
pulsaciones aceleran el beso, in eternum, a tu cuello.

Gustavo Marcelo Galliano

DE CUMBRES Y GOCES

Irrumpo en la cima
turgente de tus pechos,
y me deslizo
bañándote de luna.
Por la planicie marfil,
donde tu vientre,
desemboca afiebrado
en plena tundra.
Y a paso de machete,
embisto enceguecido,
contra la húmeda oscuridad
del Gran Deseo.
Y en el vórtice fugaz
de lava y fuego,
inundo de semillas tu caverna,
con vértigo ciclópeo, jadeos.



Perfil biográfico

Gustavo Marcelo GALLIANO



Gustavo Marcelo Galliano es un autor argentino. Ha sido premiado en narrativa y poesía, y ejerce como docente universitario en la ciudad de Rosario, Argentina. Además trabaja como Corresponsal Especial de Cañ@santa (Canadá) y Columnista Literario del portal RMC (USA). Sus obras aparecen en numerosas antologías y revistas. En 2009 presentó su primer libro: *La Cita*.

La Revista Literaria Katharsis publica en este número los poemas “Susurros de la noche”, “Pulsaciones” y “De cubres y goces”. Además, en este mismo número se publican dos de sus relatos breves, titulados “Confesarás tus pecados” y “Déjà vu”.

José Ángel Pizarro**¿QUÉ TAL TUS DOCE HIJOS, SABIO MUN?**

En la buhardilla de Fernando de los Ríos, donde a duras penas podíamos mi novia y yo ponernos en pie, teníamos como vecina a una loca, pared con pared, que nos gritaba insultos a todas horas. Había sido recogida en la calle por un señor que vivía con ella y que se había ganado la vida como ordenanza de unos pisos de lujo. La loca hablaba sola en voz alta y una vez la escuchamos decir: “Existe Cristo, Buda, Mahoma... pero el diablo es el mismo en todas partes.” La mujer loca vivía con sus gatos a los que ponía voces simulando que hablaban con ella: “¿Mamá, abrimos ya el champán en honor a Belcebú?” le preguntaban los gatos. A veces nos despertábamos con los gritos de los gallos que ella traía y que degollaba en la bañera. De vez en cuando el lastimero maullido de un gato nos indicaba que había pasado a mejor vida. La loca también pegaba a su hombre protector y él nunca se quejaba enamorado como estaba de ella. Yo le veía tomar el aire sentado en la corrala hasta el día en que su mujer le mató. Le había estado pegando toda la noche --mi novia y yo escuchamos los golpes sobre las mantas— y al amanecer sufrió un ataque al corazón. Sus hijos llegaron de Barcelona, llamaron a nuestro piso para entrar hablando con acento catalán, mi novia y yo nunca quisimos decir nada a la policía. Un día la loca me preguntó muy seria: “¿Qué tal tus doce hijos, sabio Mun?” y se me quedó mirando como si supiera de mí cosas que yo nunca sabría. Una gallega alcohólica vecina nuestra nos contó que cuando el ordenanza se la llevó a su casa se orinaba en la calle viviendo en cajas de cartón. Todo esto sucedió en un edificio del centro de Madrid, una corrala típica con unas escaleras de madera preciosas, donde una vez un vecino perdió una bolsa de marihuana de primera.

Perfil biográfico

José Ángel Pizarro ha cursado estudios de Filología Hispánica, cinematografía, e Imagen y Sonido.

Ha obtenido el Premio regional de poesía de Castilla y León en 1993.

Además es autor de un libro de relatos publicados en el 98 "Microhistorias" por la editorial difácil.

Asimismo, ha sido ganador del concurso radiofónico de relatos "Cita con Pilar", año 2001.

Obtuvo el Premio literario Katharsis por su poemario "Bestiario para monos", que se editará en papel.

En este número diez, la Revista Literaria Katharsis publica el poema "¿Qué tal tus doce hijos, sabio Mun?"

Ignacio Barroso Benavente

BAJO UN CIELO GRIS

*Qué sería de nosotros
si no viniera la poesía a ayudarnos a comprender
cuán poca claridad tienen las cosas que llamamos claras.
José Saramago*

Aún recuerdo cuando nos conocimos en un lluvioso y gélido día gris en el que del cielo caían racimos de gotas que inundaban Madrid, un Madrid plagado de peregrinos paraguas que deambulaban sin fin, perdidos cual grumete en un navío que zozobra en un bravo mar añil, un mar en que seguía mi camino hasta que me encontré frente a ti. ¿Azar o mero capricho del sino? la verdad, no te sabría qué decir, fuiste antorcha en un negro pasadizo fuiste la certera honda de David que hizo de Goliat pasto del olvido, fuiste dulce uva garnacha en la vid que endulzó mis labios de pergamino haciéndome preso de un frenesí al recordar nuestros cuerpos unidos, jadeantes, húmedos, fuera de sí. Para después ver como el destino se jactaba cruelmente de mí, cuando yo apuraba un cigarrillo y para siempre te veía partir.

PERFIL BIOGRÁFICO

Ignacio Barroso Benavente

Debo presentarme en pocas palabras y, la verdad sea dicha, no sé muy bien cómo empezar. Nací en 1984 y desde pequeño me comporté como un niño, cuanto menos peculiar, que con cuatro años aspiraba a ser marciano de mayor, algo que con los años estuve cerca de lograr según mis profesores, quienes aseguraban que siempre estaba en la luna.

Con los años mis aspiraciones de conquistar el espacio sideral, fueron dando paso a otro tipo de profesiones algo más materiales, hasta que finalmente acabé por licenciarme en Ciencias Químicas en septiembre del 2007.

Durante todo este tiempo, de cuando en cuando, he sentido la necesidad de sentarme delante de un papel en blanco y dejar que la imaginación del niño que aún guardo dentro, contase aquello que creyera conveniente. De esta manera, y casi sin darme cuenta de ello, empecé a escribir tanto prosa como verso casi a diario, y fruto de esta afición me he atrevido a escribir un par de colaboraciones en revistas literarias. Una de ellas puede verse en <http://www.eldespertardelosmuertos.es/resources/Alevosamente+tontos.pdf>, y, si todo sale según esperamos, dentro de poco podré volver a disfrutar colaborando con ellos.

Además de esto, de dedicarme a escribir como un enfermo, he participado en varios certámenes literarios, de los cuales el único que me ha reportado algún beneficio, aunque solo sea moral, ha sido el concurso de la Asociación Canal Literatura, Poemas sin rostro 2009, en el que participé con el poema El cazador de nubes y que con más de un centenar de votos, quedó entre los diez finalistas del premio del público.

Dos poemarios, tres novelas cortas, inéditas aún, y una cuarta que viene en camino, concluyen, de momento, mis periplos literarios.

Simplemente queda dar las gracias a todas aquellas personas que con sus consejos, sugerencias y correcciones (me encanta que me devuelvan un manuscrito teñido de boli rojo, señal inequívoca de que quien me lo devuelve se lo ha leído, y de que aún tengo mucho que mejorar) hacen que día a día me esfuerce por seguir haciendo lo que más me gusta, encerrarme en mi cuarto, encender el flexo y dejar que un folio en blanco me cuente la historia que lleva dentro.

1810

Por: José Luis Díaz-Granados
(Colombia)

En este poema he utilizado frases y versos de Humboldt, Bolívar, Rafael Núñez, M. A. Caro, Marroquín, León de Greiff, Luis Vidales, Eduardo Caballero Calderón y Juan Gustavo Cobo Borda, entre otros.

Insípida paloma de desganado vuelo
brotó de la estampida del relumbrón de bravos
que emocionados e impulsivos galoparon
una especie de historia grandilocuente y vacua.

Boba la patria fue, pero sangrienta.
Cruel e injusta fue, aunque república.
Mártires valerosos, sin duda, los patriotas.
Arrogantes y heroicos los héroes arrogantes.
Feúcos y canallas los duros capataces,
pero buenos y malos eran casi los mismos.

Todo estaba maduro. ¿Para quién? ¿Para quiénes?
Todo por un florero, nos dijo un caballero.
Todo cambió cuando vio a Bonaparte
colocarse a sí mismo la corona imperial.

Todo, gracias a Humboldt quien dijo al mozalbete:
“Falta el as que lidere las repúblicas nuevas”.
Toda la tierra, pues, para los que ganaron...
¿Y si los nuevos reyes se burlaron de todos?

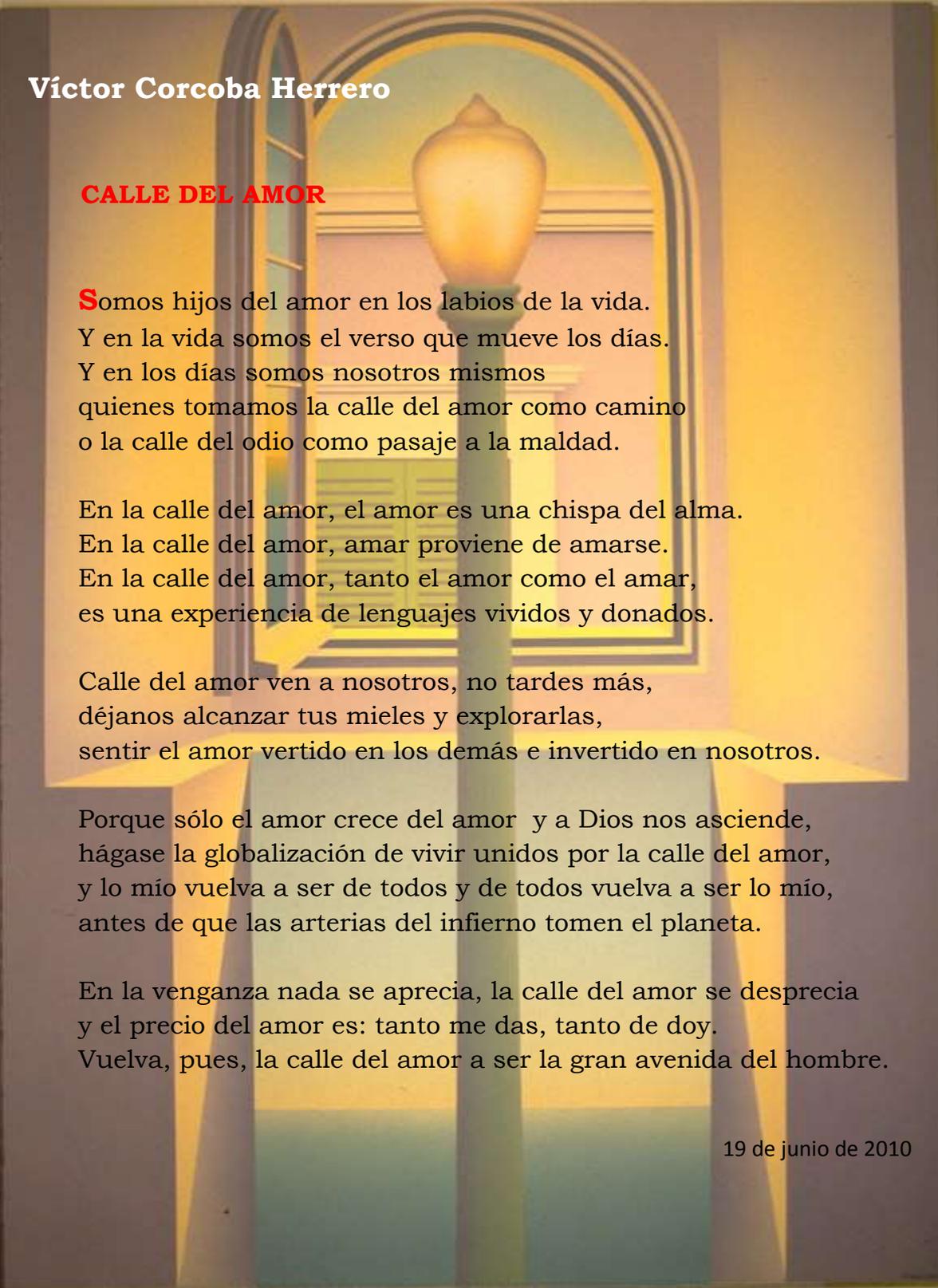
¡Oh confusión! ¡Oh caos!, se burlaron.
Te adoro en mi silencio mudo, nos burlamos.
Porque en más de una ocasión /
sale lo que no se espera...

¿Y qué quedó de todo? Un país sin destino.
País mal hecho / cuya única tradición /
son los errores,
porque la patria dejó de ser amiga
y yo me quedé solo / solo / y mío...

JOSÉ LUIS DÍAZ-GRANADOS

Poeta colombiano nacido en Santa Marta en 1946. Sus libros de poesía se hallan reunidos en un volumen titulado LA FIESTA PERPETUA. OBRA POÉTICA, 1962-2002, publicado por la Universidad del Magdalena en 2003. Su novela LAS PUERTAS DEL INFIERNO (1985) fue finalista del Premio Rómulo Gallegos en 1987. En 2004 ganó la Medalla de Honor Presidencial "Centenario Pablo Neruda". Así mismo, es autor de varios libros para niños y de una obra de teatro titulada LA MUÑECA NOCTURNA.

Ha participado en el "I Premio de novela corta Katharsis 2008", obteniendo el premio "FINALISTA, ACCÉSIT Y MENCIÓN ESPECIAL" por su novela "CITA DE AMOR AL MEDIODÍA" y el premio "ACCÉSIT Y MENCIÓN ESPECIAL" por su Poemario "POEMAS SUCIOS", en la modalidad de Poesía.



Víctor Corcoba Herrero

CALLE DEL AMOR

Somos hijos del amor en los labios de la vida.
Y en la vida somos el verso que mueve los días.
Y en los días somos nosotros mismos
quienes tomamos la calle del amor como camino
o la calle del odio como pasaje a la maldad.

En la calle del amor, el amor es una chispa del alma.
En la calle del amor, amar proviene de amarse.
En la calle del amor, tanto el amor como el amar,
es una experiencia de lenguajes vividos y donados.

Calle del amor ven a nosotros, no tardes más,
déjanos alcanzar tus mieles y explorarlas,
sentir el amor vertido en los demás e invertido en nosotros.

Porque sólo el amor crece del amor y a Dios nos asciende,
hágase la globalización de vivir unidos por la calle del amor,
y lo mío vuelva a ser de todos y de todos vuelva a ser lo mío,
antes de que las arterias del infierno tomen el planeta.

En la venganza nada se aprecia, la calle del amor se desprecia
y el precio del amor es: tanto me das, tanto de doy.
Vuelva, pues, la calle del amor a ser la gran avenida del hombre.

19 de junio de 2010

Víctor Corcoba Herrero

LA BÚSQUEDA

Nada es más humano
que la búsqueda del ser
y la exploración de lo que somos.

No hay camino sin búsqueda,
ni búsqueda sin caminante,
ni caminante sin preguntas,
sabad que sólo el que pregunta halla.

En cada uno de nosotros
está la respuesta,
y en nosotros es donde se encuentra
la eternidad del tiempo.

Cuando el corazón, el alma y la mente,
meditan al unísono,
brota la verdad y uno crece en la verdad.

Si no vamos a la morada interior,
seremos piedras en un mundo de barro.

El amor no es lo importante,
sino la búsqueda del amor y la forma de amar.

Dejemos, pues, que el alma nos guíe,
pongamos oído a las respuestas de Dios,
para salir del mundo caído, del hombre alicaído.

Sólo la luz del Creador quita las sombras de la vida.

30 de mayo de 2010

Víctor Corcoba Herrero

ALMA PARA REENCONTRARSE

El alma es el olmo de la vida,
la realidad eterna invisible,
el universo de la poesía,
y la integridad del infinito.

Las lágrimas del alma
son ríos de sentimientos
por donde corren las penas
a reencontrarse con Dios.

Cuando a Dios se halla,
es el alma el que se alegra;
el alma que no le busca
lleva en su vida el dolor.

Los dolores del alma
son los peores,
cuesta caminar con ellos,
los adormece el que sabe amar.

Porque sólo el amor
es el alma de las almas,
el arte de las artes de vivir,
el pan que precisamos para ser.

2 de abril de 2010

Víctor Corcoba Herrero

EL AMOR VERDADERO

No hay más verdad que la verdad del amor.
No hay más amor que un amor que todo lo da.
No hay más donación que un amor que ama.
El amor todo lo vive, nunca muere si es.

Si hay amor es el amor el que convence.
Si hay amor es el amor el que vence.
Si hay amor es el amor lo que la vida envuelve.

Todas las vueltas y revueltas de los días
nada son cuando se ama a corazón desprendido.
Uno es todo cuando todo se hace ¡amando!

23 de abril de 2010



Víctor Corcoba Herrero

LA LLAMA DEL SUEÑO

He tejido tantos sueños
y he soñado tantas noches,
que la trenza de los días
tiene la textura de haber vivido.

Como todos los soñadores
cultivo un jardín de versos
con los que me doy la vida
para sentirme vivo, y que vivo,
y aletargar dolores que duelen.

Los sueños bien digeridos
alientan un buen despertar,
los sueños bien dirigidos
dan vida al poeta;
que toda la existencia es poesía,
un gozo injertado en el alma.

Un gozo, que cuanto más se goza
menos se sufre,
la alegría todo lo convierte en luz.

Salga a la luz la virtud de los sueños.

17 de abril de 2010

Perfil biográfico



Víctor Corcoba Herrero

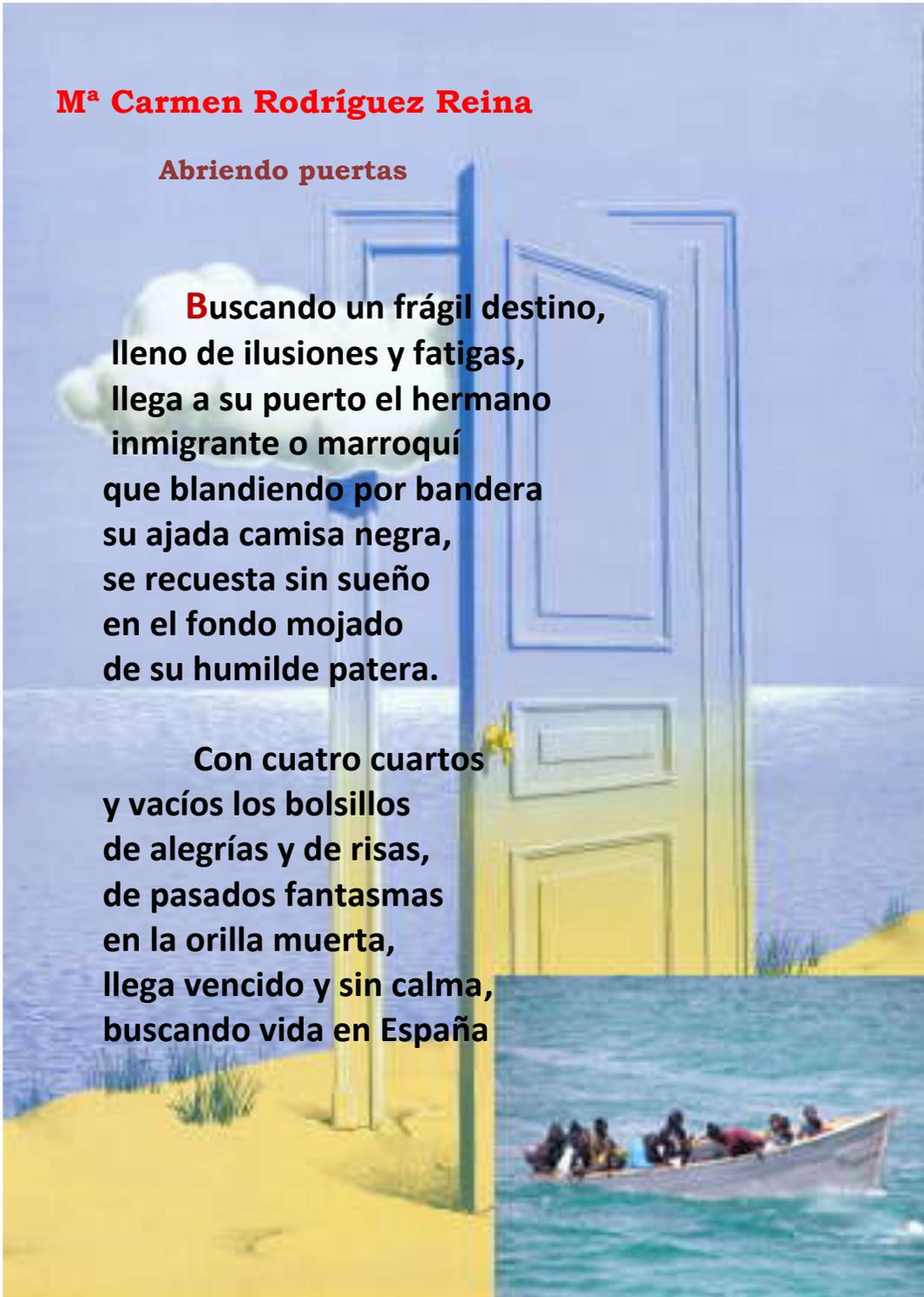
Víctor Corcoba Herrero nació el 6 de septiembre de 1958 en Cuevas del Sil, León. (ESPAÑA). Diplomado Universitario por la Universidad de Oviedo. Licenciado en Derecho por la Universidad de Granada. Reside desde 1984 en Granada (ESPAÑA).

Ha publicado bastantes libros tanto en narrativa como en poesía y colabora asiduamente con la *Revista literaria Katharsis*.

M^a Carmen Rodríguez Reina**Abriendo puertas**

Buscando un frágil destino,
lleno de ilusiones y fatigas,
llega a su puerto el hermano
inmigrante o marroquí
que blandiendo por bandera
su ajada camisa negra,
se recuesta sin sueño
en el fondo mojado
de su humilde patera.

Con cuatro cuartos
y vacíos los bolsillos
de alegrías y de risas,
de pasados fantasmas
en la orilla muerta,
llega vencido y sin calma,
buscando vida en España



Breve semblanza biográfica de M^a Carmen Rodríguez Reina

M^a Carmen Rodríguez Reina, docente de profesión, escribe cuentos infantiles y poesía desde hace muchos años. Al ser maestra por vocación, el trato con los niños es fuente de inspiración para esta escritora que disfruta haciendo de Cuentacuentos en el aula. Ha publicado un libro de poemas en el año 2001.

Lleva muchos años confeccionado un diccionario que ya tiene 90 términos alcalareños que no aparecen publicados como tales, fruto de una exhaustiva investigación. Lo inició con el objetivo de que no se perdieran en la memoria tantas y tantas palabras usadas por sus antepasados, utilizándolas ella misma porque se siente fascinada por la riqueza del lenguaje.

En este número 10 de la *Revista literaria Katharsis*, colabora por primera vez con un poema muy significativo, titulado «Abriendo puertas», que trata de la dureza de la inmigración, sobre las personas que intentando llegar a conseguir su sueño dejan incluso la vida.

Además, publicamos también un cuento que nos ha gustado mucho y esperamos que nuestros lectores disfruten leyéndolo. Es un cuento muy bonito que nos hace reflexionar sobre la problemática de los discapacitados, se llama «Patri la Gimnasta (Respeto a los discapacitados)».

Esperamos contar con su colaboración en próximos números y esperamos que nos mantenga informados sobre ese diccionario tan interesante que estamos seguros pronto verá la luz.

RELATOS CORTOS

«EL QUIOSCO AZUL».

Por Ignacio Barroso Benavente

«CUANDO SOPLABA EL LEVANTE»

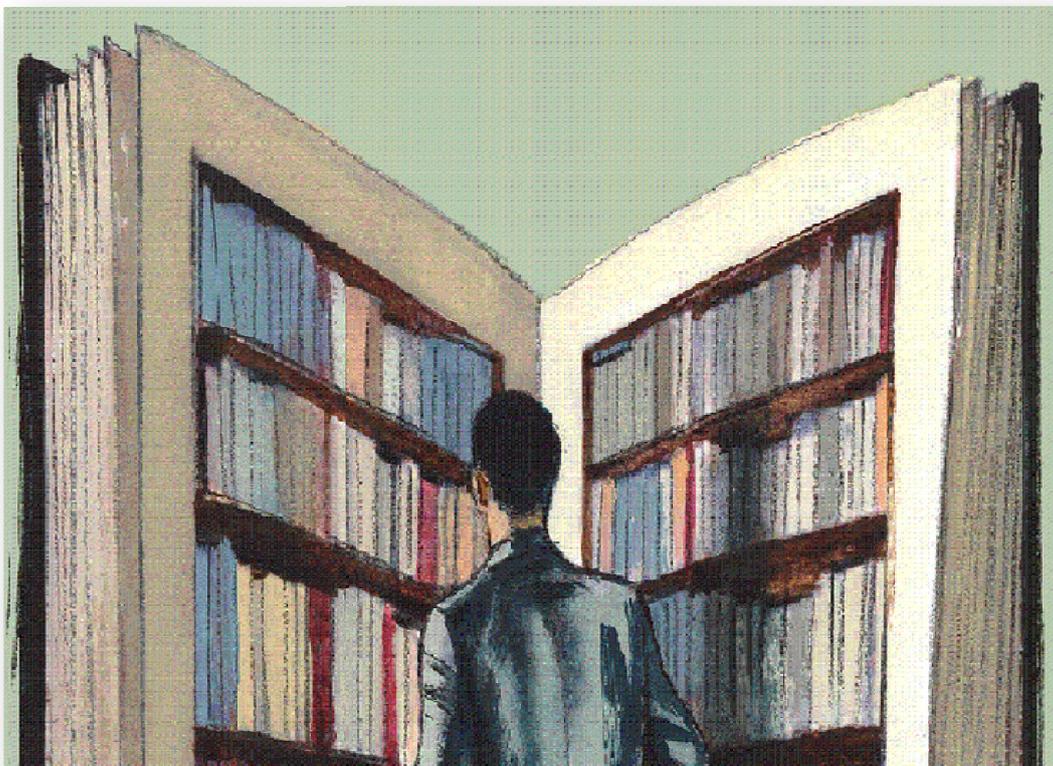
Por Antonio David Bravo Carrasco

«CONFESARÁS TUS PECADOS»

Por Gustavo Marcelo Galliano

«DÉJÀ VU»

Por Gustavo Marcelo Galliano



«EL QUIOSCO AZUL»

Ignacio Barroso Benavente



De mi niñez, la verdad sea dicha, no guardo muchos recuerdos. Tal vez sea porque cuando uno es pequeño, el descubrir cada día cómo es el mundo que le rodea hace que nos veamos sometidos a un continuo proceso de renovación de conocimientos en nuestro cerebro, o porque con el paso del tiempo vamos olvidando aquello que aprendimos, para albergar en nuestra memoria otros paisajes, otras sensaciones más acordes a la edad que vamos teniendo.

Sea como sea, mi caso es sencillo. De mi alegre y tierna infancia, son pocas las cosas que a día de hoy aún soy capaz de rememorar sin mucho esfuerzo. Un disfraz de *David el gnomo*, pacientemente elaborado por mi madre durante más de un mes robándole horas al sueño ante una

vieja máquina de coser *Singer*, que fue la envidia de mis compañeros de guardería —todo sea dicho—, mi primera bicicleta con ruedines. El rostro de los familiares que a día de hoy ya no están conmigo. Vacaciones en el pueblo. Un Renault 9 color marrón matrícula de Oviedo, con el maletero lleno hasta rebosar cada vez que mis padres hacían la compra semanal, y un lugar. Una plaza rodeada por sus cuatro esquinas de edificios altos y monótonos de ladrillos naranjas. Un parque de herrumbrosos columpios metálicos que ocupaba una de sus diminutas esquinas, y un quiosco de color azul abrazado por altas moreras, que durante años hicieron las delicias de los gusanos de seda que guardaba en cajas de zapatos.

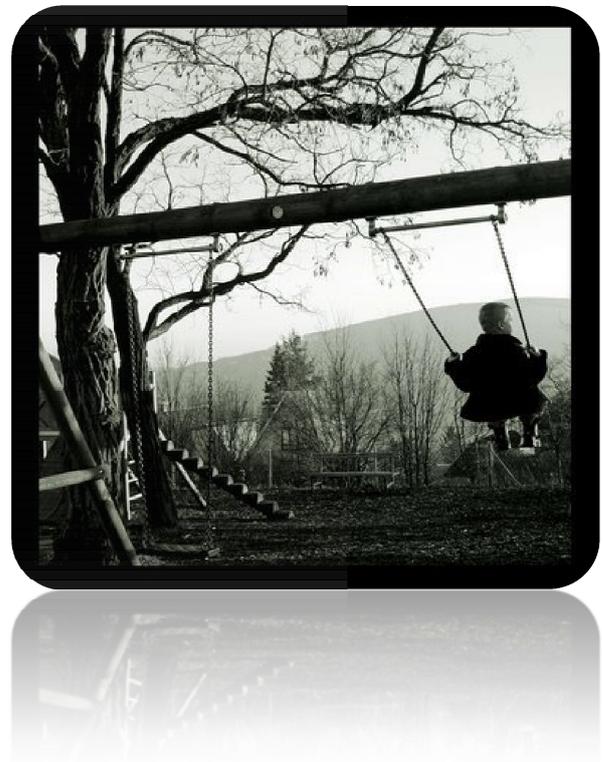
Como ya dije antes, mis recuerdos son escasos, pero lo que sí recuerdo con toda nitidez es ese quiosco. Era un lugar diminuto, de poco más de cinco metros cuadrados, atestado de todo cuanto se pudiese imaginar. Vendían chucherías varias para los niños, tabaco y cervezas para los adolescentes de pelo largo y crestas de colores con los que compartíamos las tardes en la misma plaza, así como también periódicos y tebeos. Recuerdo también al hombre que lo llevaba. Era un viejecito de rostro endurecido por la edad, al que le faltaba la mitad de la oreja izquierda. Su sonrisa cansada siempre estaba ahí, al otro lado del mostrador, viendo pasar las

generaciones, cumpliendo con la mayor de sus obligaciones, repartir alegría e ilusión a los niños que con el tiempo se convertirían en hombres, y que inevitablemente acabarían por olvidarle.

Ha llovido mucho desde la última vez en que compré con un tico-tico de sabor a sandía por cinco pesetas en ese quiosco. Mucho ha llovido. Amores y desamores. Desengaños. Alegrías. Frustraciones. Éxitos y derrotas, han ido sucediéndose a lo largo de los casi veinte años que han pasado, pero por casualidades del destino, no hace mucho volví a pasar por esa plaza. Pocas cosas habían cambiado. Allí seguían los mismos edificios de ladrillos naranjas. El mismo parque de arena blanca, si bien los viejos columpios en los que los niños de mi generación jugábamos cada tarde despreocupados, han sido cambiados por otros de madera. Por un instante, volví a mi niñez. Me vi correteando alegre y risueño, si bien había algo allí que no encajaba. Una cancha de baloncesto ocupaba uno de los extremos de la plaza. No sabía el qué, pero estaba seguro de que faltaba algo.

Extrañado tomé asiento en un banco, tratando de hacer casar mis recuerdos con la imagen que tenía ante mis ojos. De pronto, un balón de fútbol fue a detenerse ante mis pies. Oí que una voz me decía: Señor, nos puede pasar la pelota, por favor. Y fue en ese

preciso instante, cuando al levantar la vista lo comprendí. No estaba ese quiosco azul que, con sus golosinas endulzó tantas tardes de mi vida. Una tremenda nostalgia se apoderó de mí, pues en ese momento caí en la cuenta de que el niño que una vez fui había muerto, llevándose consigo uno de los pocos recuerdos que conservaba de mi niñez.



«CUANDO SOPLABA EL LEVANTE»



Dedicado a Manuel Garrido, a esa infancia triste allende las tapias del Cementerio de San Rafael.

Recuerdo que cuando soplaban el levante el mar traía un olor intenso, fuerte, que picaba en las entrañas: un olor a carne podrida. Lo recuerdo muy bien, porque esos días mi madre se ponía muy nerviosa, andaba de un lado para otro, se agachaba con su espinazo torcido, fregaba lo que ya estaba fregado, cocinaba lo que no había que cocinar, se ponía a regar las plantas del patio aunque estuvieran empachadas del agua sucia del barranco. Lo recuerdo, también, porque mamá rompía a llorar. Era una cosa que impresionaba, yo no tenía más de seis años, pero intuía que ese olor a bicho muerto –siempre asociaré aquellos años con esa peste, como una especie de invitación al vacío que naciera de las

cuencas de una calavera- encerraba un gran misterio, una culpa secreta, o acaso la linfa contaminada que circulaba bajo la piel de la ciudad.

Cómo lloraba mamá, esos días. Arrancaba con hipidos, le hervían los pucheros en la boca, era como una niña, los ojos tristes, muy negros y redondos, cuánto se parecía a Laurita, su hija, mi hermana. Esos días las dos lloraban de la misma manera, con el énfasis de un geiser de saliva y lágrimas nacido de las entrañas del corazón, bullendo en los ojos, de un rojo sangre que de recordarlo me mata.

Imagínense la curiosidad natural de un niño: debe ser una cosa bien grave, esta peste, pensaba, qué será. Como mamá lo pasaba tan mal, aproveché un día para preguntarle a papá. Lo tenía todo preparado. Papá venía con los cántaros vacíos, de repartir la leche, aparecía con los cacharros relumbrantes bajo la luz de la tarde, como flotando sobre las tomateras que orillaban el carril, se bamboleaba, cansado, se acercaba ya y rodeaba el trigal de Don Fermín, íbamos yo y el Ramiro –mi chucho viejo, herencia del abuelo- y lo recibíamos. Esa tarde me atreví, lo interpele. Estaba a la altura de sus ojos, me levantó en volandas, el aliento macerado de aguardiente y tabaco, la sonrisa seca y fugaz: ¿papá, papá, la peste esa a bicho muerto, de qué es papá? ¿Por qué mamá llora tanto cuando llega la peste, papá? ¿Es

verdad que la peste viene del cementerio?

Pobre papá, que en paz descanse, tantas preguntas de niño, tantas preguntas definitivas. No hijo, no, la peste no viene del cementerio. En realidad, lo que pasa es que había una granja de guarros detrás, ¿sabes? La abandonaron cuando entraron los nacionales, y lo que queda es una zanja. Algunas noches, vienen camiones del matadero a traer cochinos muertos. Los echan allí, y por eso, los días de levante, viene el olor a bicho muerto. No te preocupes, hijo, lo que le pasa a mamá es que es muy llorona, se acuerda de unos guarritos que tenía en la zahúrda, cuando era chica, y le da pena. Algún día entenderás que las mujeres son muy especiales. Pelo largo y entendimiento corto, no lo olvides, gañán. Sonríe otra vez, agita mi pelo con sus dedos callosos, me baja al suelo, suavemente, pero me viene a la memoria el rictus torcido de la boca en su amago de silencio, las pupilas afiladas, un destello en la mirada, sería miedo, pena, o un poco de todo, sería, ahora ya lo sé, el rencor que crían los ojos de los derrotados. Eso era, sí, eso era.

También en relación con aquel cementerio me inundan más imágenes, retazos de un rompecabezas de recuerdos mal zurcidos por la mente tramposa de niño, tan proclive a embarrar lo fantástico con lo real.

Me acuerdo, por ejemplo, de aquellas noches de invierno, que siempre me parecían tan mojadas y frías, los manchurroneos del techo como presintiendo la tisis. Recuerdo los disparos de las ametralladoras, un rumor subterráneo que arrancaba de la tapia de San Rafael. A mi los tiros me daban un miedo atroz, primordial, el pavor que supongo hubieron de sentir los hombres primitivos la primera vez que un rayo incendiara un árbol yerto en su presencia, el presentimiento de una naturaleza absoluta y arbitraria. Esas noches el tableteo de las ametralladoras se adueñaba de la ciudad callada, de sus rincones agotados por los escombros, de sus calles vencidas por la incuria y la ruina, de las cicatrices todavía visibles del terror rojo, nos decían.

Yo me ponía a temblar en la cama, me abrazaba a Laurita, y ella se hacía siempre pipí. Qué estropicio. Yo gritaba, llamaba a mamá, gimoteaba, y la única respuesta que al principio tenía era la confirmación del llanto de Laurita en los sollozos de mamá en su cuarto. Entonces se abría nuestra puerta, entraba papá, qué os pasa, niños, ra-ta-ta-ta, ra-ta-ta-ta-ta, las ametralladoras sonando, tambores de sombra retumbando, otra vez te has meado, bandida, y se sentaba con nosotros. Su presencia cálida, tranquila, con el fondo triste de los ojos, un pelín febriles, esas noches, y nos mecía en la cama, y nos decía:

-Los tiros que escucháis no son más que los que les dan a los guarros para matarlos. Además, de vez en cuando, la Guardia Civil viene a hacer prácticas por las noches.

- ¿A la tapia del cementerio, papá?

- Ahí mismo, hijo, ahí mismo.

Pero yo no me lo creía. Y papá, astuto, nos obligaba a recitar una oración, para que os proteja de los espantos, para que aleje el miedo, por si creéis que los tiros son monstruos, o demonios, que sois niños, que ya lo sé. A ver, repetid conmigo, en voz baja:

Cuatro angelitos tiene mi cama...
cuatro angelitos tiene mi cama,
murmurando.

Cuatro angelitos que la guardan... tú también Laurita, tu también... cuatro angelitos que la guardan.

Dos a los pies, dos a los lados...dos a los pies, dos a los lados.

El reino de los cielos a mi costado...el reino de los cielos a mi costado.

Y otra vez el ran-tan-tan, ran-tan-tan, arreciando bajo el relente.

Laurita, Juanito, duerme y reposa, venga, repetid conmigo, más alto que os escuche... Laurita, Juanito, duerme y reposa.

Y no tengas miedo de ninguna cosa.

Ran-tan-tan-tan, ran-tan, tan, tan.

Y no tengas miedo de ninguna cosa.

Eran tales las evidencias, tantos los indicios del gran secreto, tal la sensación de que todo el mundo lo sabía menos nosotros. Laurita decía que aquello no eran ametralladoras, sino las fauces de un demonio que salía del mar por las noches. Se llevaba a los hombres para devorarlos junto a la tapia del cementerio. Los disparos no eran tales, sino que se trataba del entrechocar de sus dientes, sus mandíbulas de acero o de un hueso antiguo y cruel, abriéndoles la carne, haciéndolos puré. Y encima, como si su versión de los hechos no fuera de por sí inquietante, mi hermana me hablaba en voz baja, debajo de la colcha:

-El otro día el demonio se llevó al padre de Pedrito, y al de Amalia la semana pasada. Ya conozco a muchos niños sin papá. El demonio se los mastica, y luego los mandan a la Misericordia.

- O sea, que además de quedarte huérfano, te mandaban al orfanato. ¡Cómo si no tuvieran bastante con ser rojos, y con que ese demonio se comiera a sus padres, encima van y los meten en la Misericordia!

Para que le dije eso a mamá, otra vez llorando, girando como una peonza, moqueando sobre el delantal blanco, para al final darme una galleta de esas que te hacen girar en el sentido inverso de las manecillas del reloj, de esas que

delimitan con el latigazo de la cachetada el límite del tabú, el abismo lacerante dónde caen las preguntas prohibidas. ¡Te callas, niño, te callas! ¡Como vuelvas a hablar más de esas tonterías, se lo digo a tu padre!

Pero Laurita y yo seguimos investigando, oteando en el aire los indicios de la verdad oculta, la urdimbre mágica que enlazaba esas vivencias, esas sensaciones. Era muy fácil recoger las miguitas de pan que habían de conducirnos por el laberinto de las elusiones y el silencio. Bastaba con que lo vivido fuera extraño, atípico, que nadie hablara de ello. Eso ya nos indicaba que íbamos por el buen camino.

Y aunque teníamos miedo, pues pensábamos que el demonio escuchaba las conversaciones -sus orejas como trompas de oro gigantescas, y yo que empezaba a creer a pies juntillas en la teoría de mi hermana- seguíamos con la pesquisa. La verdad era que salir de noche y enfrentarse al monstruo era tarea de valientes, y con la dieta de achicoria y pan migado no se podía ser un héroe. Yo no me imaginaba a los caballeros medievales ni a los campeones de la espada con retortijones en el estómago, no Laurita, eso no podía ser, todavía no estábamos en condiciones de ir a por el demonio, y además, tú eres una niña, y Jaime es un cagueta, y el Bernardino encima es hijo de un guardia, seguro que se lo cuenta a su padre, me da a mí que la

Guardia Civil tiene tratos con el demonio, o están cagados, algo pasa. No tenemos tropa, Laurita, qué podemos hacer contra una criatura tan grandisima.

No me olvidaré nunca de aquel día en que pasamos al cementerio. Entrar en San Rafael no tenía nada de particular. Aunque la geografía del niño magnifica hasta monumentalizar los espacios de la memoria, aquello no era más que un recinto triste, desconchado, lleno de lápidas y señales apagadas, un terrizo de arcilla tostado por el sol, amenizado por algunos cipreses, con la sombra rala y el porte triste y torcido de hombre vencido, rascando el cielo de cobalto. Un erial en el que sólo germinaban velas y flores huérfanas el día de todos los santos, salteado de calaveras y huesos muy blancos entre montones de tierra removida.

Pero esta vez fue distinta, como lo fue a partir de ese momento. Y es que, aquel vulgar depósito de desmemoria, almacén de despojos sin dueño, deparaba un montón de respuestas. Estaba por ver si esos pequeños secretos nos llevarían al arcano principal, a ese que tanto asustaba a todo quisque, incluido, desde luego, al papá de Bernardino.

Como decía, ese día Laurita vino corriendo al patio, me tomó del brazo, me arrastró precipitadamente, iba

descalza, no se si porque con las prisas se le olvidó ponerse los zapatos. Más bien creo que porque en esos tiempos no había dinero para calzado. Vamos, Juanito, ¡chiss!, el dedito en la boca, vamos que te voy a enseñar una cosa. Corría insensible a las picaduras de las piedras en los pies satinados de hollín, una determinación fiera en los ojos, un ritmo de vértigo en las caderas chiquitas.

Accedimos por la puerta principal, el camposanto callado como una noche sin luna. Un sol de mercurio fundiendo la punta esbelta de los cipreses, el perro del vigilante bostezando bajo la sombra de una higuera. ¡Mira, Mira! ¡chiss! y señala, acusadora, hacia la zanja enorme: una herida en la tierra sellada por la cal, una lengua blanca reverberante bajo el resplandor del mediodía.

¡Mira, Mira! Y apunta otra vez: En una esquina, apenas cubierto por la hierba, un brazo sobresale de la fosa, se eleva, recortando en su gesto agrio el horizonte de las casas del vecindario. El brazo es moreno, velludo, la mano bien soleada, como si en su resplandor fresco retuviera aún la vida que alguna vez la puso a las órdenes de un cuerpo. Una chispa de luz parece capturada en uno de sus dedos. Entonces fui yo el que me acerqué, con pundonor de niño cuyo valor fuera cuestionado por la determinación del bello sexo. Me pongo en cuclillas, toco el dedo, y veo el anillo. Dorado, limpio, quizás el gran

secreto se esconda en su círculo encendido. Lo tomo entonces, no sin dificultad, me lo guardo en el bolsillo del pantalón, y corremos como alma llevada por el diablo.

El increíble descubrimiento cambió todas nuestras perspectivas. Estaba claro que nos enfrentábamos a un enemigo atroz, a un ser monstruoso que tenía poder, no sólo para devorar a los hombres, sino para abandonar sus despojos de cualquier manera, como si de huesecillos de aceituna se tratara. La cosa se ponía seria, máxime si tenemos en cuenta que la zanja servía para encubrir el crimen: estaba claro que tanto la Guardia Civil como las máximas autoridades estaban paralizadas ante el gigantesco bicho. Su imagen quedaría tan deteriorada de conocerse el escándalo que no les quedaba más que esconderse por las noches y enterrar los restos de los buenos ciudadanos que la ley no había sabido proteger. Por supuesto que por entonces mi mente no podía urdir razones así, aunque estoy convencido de que la intuición pueril buscaba esas mismas palabras, aún sin poder todavía encontrarlas. Encubridores de asesinato, matarifes de la patria, genocidas, diría, años después, cuando el destino estaba ya ejecutado.

Laurita, por méritos propios, se hizo cargo de la custodia de tan importante secreto. El anillo se guardaría debajo de una losa desportillada del cuarto, envuelto en un trapito blanco. Y pídele

al niño Jesús que la luz del anillo no llame al demonio, que si no verás que lio, Laurita. No, tonto, como va a dar luz, si lo tenemos escondido. Espero que lleves razón, hermanita, espero que lleves razón.

Antes de llegar al corazón de esta historia, al cruce de caminos que le dará todo su sentido, a la noche de terral en la que me encontré con el mal cara a cara, quería hacer un pequeño inciso, un rodeo del recuerdo que, como podrán comprobar más tarde, resulta necesario para entender la lógica oculta de mi razón de niño. Por ello hablaré ahora de una fotografía, de una imagen, de un instante de memoria custodiado por un portarretratos, del único objeto no averiado que había en la casa: la foto del abuelo Andrés. Un hombre avejentado, las arrugas hondas trazando meandros desde la frente a las mejillas hasta desembocar en las comisuras de la boca. Posa como aterido por un viento invisible, seguro que helado, ante un fondo lánguido de olas apagadas, confundidas en sus crestas de espuma con un cielo color ceniza. Le acompañan varios hombres, con los que parece compartir el mismo destino de cansancio en los ojos, el mismo rubor de la piel atezada por un sol norteño, tímido y pacato. Las sonrisas tenues anuncian la camaradería ante la adversidad, el legado compartido de dignidad en la derrota, la voluntad decidida de

supervivencia en la firmeza de los mentones.

Aquel papelote en sepia era lo más tangible que quedaba de mi abuelito. Del hombre real, si es que alguna vez existió – tal era el manto de silencio que opacaba su vida- no conservaba más que retales deshilachados de sensaciones: el cosquilleo de gratitud en la garganta cuando me acariciaba la cara con su mano de sarmiento; la textura tibia de su voz sorprendentemente joven, elástica, bañando mis oídos de criatura que empezaba a corroborar el sentido de las palabras; la estridencia del llanto de mamá, su grito desgarrando los desconchones del techo, el día que el abuelito no despertó, tieso como una mojama, tan sereno e indiferente que no había luego quién le sacara los zapatos o le enajara la vieja chaqueta en los hombros, rígidos e impertinentes en su postrero rigor de esfinge.

Del hombre imaginado, no tenía más que las escuetas referencias dadas por mamá: el abuelito era maquinista de tren, no tan mayor como yo creía, se había ido a trabajar muy lejos, y había vuelto hacía poco. Estaba enfermito, con que así que lo íbamos a cuidar, ¿verdad, Juanito? Eso antes de su muerte. Después, papá me contó que el abuelo Andrés había estado largo tiempo trabajando en el norte, en un sitio que se llamaba el Dueso, y después en Orduña, que hacía frío, y mucha bruma, y que el trabajo

estropeaba los pulmones. ¿Y por qué se ha tenido que ir tan lejos? ¿Por qué hay tantos papás que se van a trabajar allí? creo que le dije, o quizás lo imagino, no me acuerdo bien: porque a los malagueños nos gusta viajar, Juanito, dijo papá, somos gente aventurera, y otra vez esa quemazón en los labios de él, esa sonrisa melancólica.

Hasta ahí llegaba el abuelo realmente existente para mí. No obstante, también había un abuelo presente en el recuerdo de los otros, un hombre felizmente desaparecido marcado por el gran estigma de la época, la maldición fetiche de mi tiempo.

¡Tu abuelo era un rojo, un rojo de mierda, un asesino de curas, el canalla más grande de los ferrocarriles!, y Bernardino dale que te pego con la misma monserga, siguiéndome todo el camino de vuelta a casa, ¡rojo de mierda, muerto y bien muerto que está!, y seguía, y no se callaba, no le intimidaba la polvareda del camino, ni el perro de la huerta del Manuelillo, que salía de la entraña de las lechugas para imponer orden, babeando, iracundo, ¡rojo de mierda, rojo de mierda!. Entonces me vuelvo, parece que lo estoy viendo, cojo una piedra del suelo, me la encajo en la mano derecha, busco la arista más afilada, rápido, sin darle tiempo a Bernardino, y le endiño en los morros, su sangre caliente en mis dedos. Cae al suelo, alorado, lloroso, le trinco la entrepierna, sus cojuncillos imberbes entre mis

manos, se los retuerzo como dos peladillas grasientas. Esto sí que duele, maricón, la próxima vez que te metas con mi abuelo, te voy a poner los cojones como un balón de reglamento. Y Bernardino estupefacto, el mal habita el alma de los rojos, es una tara genética, una sustancia viscosa en la médula de los recién nacidos, diría su padre, mira el Juanito, tan educado que parecía, y fíjate la mala leche que tiene, que palabrotas me decía. Es verdad, que palabrotas le decía, me sentí más hombre, más respetado, todo un bandolero, la boca sucia de improperios, todo un rojo. Sí señor, decidí aquel día, yo también seré un rojo, pensé, pero no se lo diré a mamá, ni a papá tampoco.

Y llegó aquella noche de terral, esa de la que hablaba antes, disculpen que mi mente divague de esta manera, pero la edad no perdona, y los jubilados tendemos siempre a girar sobre los remolinos del recuerdo en un bucle sin fin. Aquella noche estaban abiertas las ventanas, un batallón de mosquitos se lanzaba en picado sobre mis piernas y las de Laurita, que se quejaba entre sueños. Había un silencio arenoso, irrespirable, suspendido de la nada oscura de la noche. Al fondo la ciudad se intuía como un cadáver al acecho, si es que los muertos pueden acechar algo. Y de nuevo, otra vez, sucedió: ran-tan-tan, ran-tan-tan, ran-tan-tan, como un eco que viniera del mar; ran-tan-tan, ran-tan-tan-tan, Laurita removiéndose en la cama, mascullando

algo; ran-tan-tan-tan, ran-tan-tan,
Laurita no se va a despertar.

Fue en ese momento cuando tomé la decisión. Sin pensarlo, como luego me enseñaría la vida que se hacen las cosas que de verdad nos determinan, con los hígados. Me levanté sigiloso, descalzo y sin apoyar las plantas de los pies. La puerta de la calle estaba abierta, el calor se aliaba conmigo. Salí, miré atrás y papá y mamá no hacían ni un ruido, su cuarto cerrado como una sepultura. A la calle, Juanito, que los rojos tenemos que ser valientes, me dije, o soñé que me dije, entonces. Y salí a la calle. Ran-tan-tan-tan, ran-tan-tan-tan otra vez. Corrí por el camino de tierra, entré en el trigal de Don Fermín, así acorto camino hacia la tapia del cementerio, pensé, muy rápido. Me escocían los brazos bajo el rubor caliente de las espigas. Allí estaba ese demonio, sus ojos llameando en la oscuridad, parecía enfocar a unos títeres temblorosos. Eran por lo menos tres, me acerqué con más sigilo, casi hasta el borde del sembrado. Cuidado, Juanito, el demonio puede volver la cara, te congelará el alma si te mira. Sombras envaradas que se dibujaban en la tapia, se yuxtaponían a las figuras de los hombres, atados a una cuerda.

¡Atención!... ¡Preparados!... ¡Carguen!...
¡Hijos de puta!... ¡Cabrones!

Entonces sucedió. Uno de ellos se suelta de la cuerda, corre que se las

pela, viene hacia mí, se pierde en el trigal, me tiro al suelo. ¡Me cago en Dios, disparad, que se escapa, coño! Ran-tan-tan-tan, las fauces del monstruo cercenando los copos sobre mi cabeza. ¡Bueno, bueno! dice el que lleva la voz cantante: Rematad la faena, que de ése nos encargamos luego. Otra ráfaga de ametralladora escupida por las sombras de charol. El demonio no trabaja solo, me decía, mira quiénes son sus ayudantes, ahora si que no entiendo nada, creo que pensé, no se.

Volví meditando a mi casa, comenzaba a abrirse el sello del secreto como una revelación que brillaba hasta cegarme. Faltaban todavía muchos años para que de los rescoldos de esa luz naciera la cruda verdad revisitada por los ojos del hombre que luego fui: un camión, unos guardias civiles con ametralladoras, dos bultos tirados delante de la tapia. Un asesinato, demasiado evidente y atroz para los ojos de un niño dado a la ensoñación.

En la cama me ardían las rodillas, los brazos, el cuello castigado por los lancetazos de los bichos que poblaban las noches del verano. Por aquel tiempo eran más feroces que ahora, más grandes, quizás porque tenían tanta hambre como nosotros, o porque teníamos las defensas bajas, como gusta tanto decir a mi mujer.

Laurita se removía sobre la toalla que mamá le había puesto para que no manchara más. La luna entraba por la

ventana, apenas un rayón combado salpicado de cenizas, la luna de las noches de terral, decía papá, todo era oscuridad.

- ¡Abran a la Guardia Civil! ¡Abran a la Guardia Civil! parecía que la puerta iba a explotar, para qué la habría cerrado, para qué la habría cerrado. ¡Abran a la Guardia Civil! Los párpados de Laurita desvelados de pronto, muy abiertos los ojos. ¡Ya va, ya va! ¡Qué coño hacías con la puerta cerrada! La voz acompañando a los pasos desafiantes, al otro lado de la puerta de mi cuarto, entreabierta, mientras miraba por el hueco. ¡Gabriel, espero que no hayas vuelto a las andadas!, le decía a mi padre. Estamos buscando a un reo, y por tu bien espero que no se haya acercado por aquí. Laurita se estaba meando otra vez, el chorrito manaba de su vejiga generosa. Gabriel – y parecía como si la voz del guardia se hiciera más cálida, más personal- la primera vez pude interceder por ti, pero si hay otra, acabas en la tapia. Ahora le explota a mamá el llanto, como lo recuerdo, esa noche, tan vivo como si me chillara un bebé dentro de la cabeza.

- Mi sargento, nosotros no sabemos nada de reos ni de desafectos, aquí lo único que queremos es criar a nuestros hijos, que con eso ya tenemos bastante.

- Espero que así sea, espero por tu bien que así sea.

Mamá por fin lloraba más bajito.

Otra vez se hizo el silencio. Esa noche no iba a haber ya más ran-tan-tan. Le di un beso a mi hermanita, el pipí fermentando entre sus piernas, y nosotros sin atrevernos a llamar a papá ni a mamá: no estaba el horno para bollos, diría años más tarde cuando rememoré aquello con Laura. Me acerqué de nuevo a ella, le di otros dos besos de los que suenan y le conté mi aventura: sí, he visto al demonio, le dije, unas fauces enormes, te paraliza con sus dos ojos de fuego, parecen los faros de un camión, tiene tanta fuerza su mirada que atrae a todos los bichitos de luz a su alrededor. Te digo, hermanita, que rugió en mis narices, y me dio una dentellada, aunque como estaba tirado en el trigal de Don Fermín, no me alcanzó. Y así ella se quedó contenta, y sonrió muy suave, y se durmió, aunque el escozor del meado le aturdió el gesto cansado.

He pensado toda mi vida en aquella noche, y no dejo de preguntarme si fue entonces cuando asumí la verdad, el horror que me miró cara a cara, o si fue mucho después, cuando el sedimento de los hechos germinó en mi interior como la certeza sin poesía de la realidad. Sólo sé que al día siguiente me dirigí a mi padre, en el desayuno, y rememoro esa conversación como si un taquígrafo marcara sus palabras en mi cerebro por hacer:

-Papá, papá, le dije, ¿fue el demonio de la tapia el que se llevó a los titos?

- Sí, así fue, y mamá que se cubre la cara con las manos, ahora sin llorar.

- ¿Vendrá a llevarte a ti también, papá?

- A mí no, conmigo no va a poder.

- ¡Cállate, Gabriel, cállate! No asustes más a los niños, no digas más tonterías.

- Juanito, Laurita, escuchad bien lo que os voy a decir, porque es la última vez que hablamos de estas cosas ¿entendéis? Yo ya he estado con ese demonio, como el abuelo Andrés, y he vuelto, como volvió el. Le he visto los dientes y me ha echado el aliento a la cara. Y aquí estoy. El próximo que me lo miente aunque sea de lejos –nos señaló con su dedo índice, contundente- le doy una hostia que va a caer en Tetuán. ¿Entendido?

Mamá lo miró con sus ojos estragados, el manantial del que manaban sus lágrimas clavado en algún recoveco del corazón, seco por fin.

-Y tú no llores más, mujer. Guarda las lágrimas porque sin duda nos van a hacer falta.

Y cumplimos. Nunca más hablamos de aquello. Lo que mi padre nunca supo, es que de toda aquella historia quedó una evidencia, una verdad modelada en el oro precario de los sueños, un

anillo estropeado por el tiempo que, todavía, sesenta años después, me acompaña como un aviso, como el legado único de un hombre, alguien perdido para siempre en los vendavales de la tierra, en los torbellinos del olvido, alguien que he imaginado durante todos estos años, pero del que, a ciencia cierta, sólo conozco las iniciales de un nombre, la siglas de una identidad tallada bajo un baño de oro: J. C.



PERFIL BIOGRÁFICO

Antonio David Bravo Carrasco.

Nació en Málaga, en 1975. Se licenció en Geografía e Historia, especialidad Historia Antigua, en la Universidad de Málaga, en 1999. Luego realizó los cursos de doctorado en la Universidad de Granada, dedicados a "Arqueología y Territorio" entre 2000-2001. Ha realizado numerosas actividades arqueológicas y de difusión patrimonial con instituciones públicas y Museos. También ha formado parte de varios equipos de investigación de la Universidad de Granada, publicando varios artículos de investigación especializados.

En el ámbito de la difusión cultural, ha trabajado en la empresa IDA, de la que fue socio fundador, como técnico de patrimonio. En el terreno de las letras ha publicado varios relatos en la revista Katharsis, además de recibir un segundo accésit en el Primer Certamen Internacional de Narrativa y Poesía "Palabras Diversas" por su relato "La Mano Tonta de Antoñito Miracielo".

Actualmente se encuentra finalizando una obra de difusión sobre la Historia, Patrimonio y Cultura de la Sierra de las Nieves, junto a Diego Sánchez Guerra, medievalista y experto en gestión de patrimonio.

CONFESARÁS TUS PECADOS¹

Por Gustavo Marcelo Galliano



No pude controlarme más. Esa noche tenebrosa discutimos acaloradamente, más de la cuenta, y lo confesé sin tapujos ni reparos. Sabía muy bien que la ofendería, se sentiría humillada, bastardeada. Que no lograría superarlo ni perdonarme jamás.

Pero estaba realmente harto. Hastiado. Ya no toleraba sus celos infundados, sus persecuciones dialécticas. Sus falaces acusaciones plagadas de malicia. Que revisara en cada madrugada mi agenda, mi teléfono, mis bolsillos, mis recuerdos, hasta mis sueños por soñar. Siempre tratando de capturarme “in fraganti”.

Exploté como un volcán incontenible y colocando mi rostro muy cerca del suyo, se lo confesé gritando. Gritando a rienda suelta. Gritando desde lo profundo del alma. Mi esposa irrumpió en llanto, en convulsiones, en reproches entrecortados. Su histriónica histeria se desplegó en chillidos, chirridos, gemidos, pataleos. Se babeaba furiosa cual hiena desorientada, mientras balbuceaba frases como: “Mi madre siempre me

previno... que eras un degenerado... un desgraciado infiel... un perverso”.

Me serví un trago, respiré profundo y me senté en el sillón. Sinceramente gozaba contemplando su desquicio. Su andar de fantasma errática. Frenética. Despeinada. Gocé de mi vodka doble, tridestilado, con zumo de naranja y observé el ir y venir por la sala de sus pasos incoherentes, inconexos.

Poco a poco fue recobrando la calma, y se dirigió hacia nuestro cuarto; preparó sus maletas y se marchó en silencio, regalándome un estruendoso portazo, que tronó de maravillas. Se llevo nuestro auto.

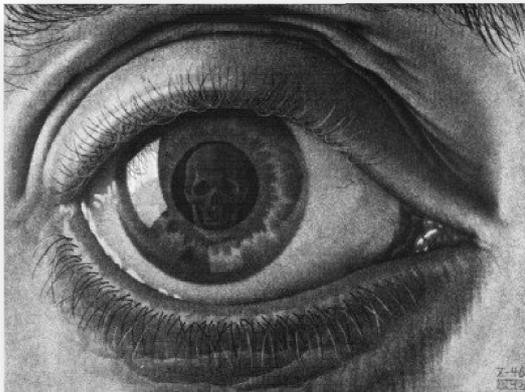
Suspiré aún más profundo, feliz, relajado. Me serví otro trago. Resultaba un enorme alivio haber confesado mi pecado, aquella culpa que me corroía en silencio. Y aquél fue el momento apropiado.

La síntesis del éxtasis en el preciso génesis.

Era imposible continuar callando. Ya no podía seguir ocultando, que allá, por el sexto grado, portando mis once años, me enamoré de mi maestra. Imposible continuar callando. Aún la recuerdo, era magníficamente bella.



¹ Cuento Finalista del II Certamen Internacional de Cuento “Jorge Luis Borges” 2008, organizado por SESAM, Buenos Aires, Argentina. 30 de Junio de 2009-

DÉJÀ VU**Por Gustavo Marcelo Galliano**

“¡Hola, hola... Buenas tardes!,
¡Vamos, vamos!...

¿Cómo está Usted Señorita, se comportó bien Francisco hoy?... Dale Frank, apúrate, vamos que se hace tarde para la práctica en la Escuela de Fútbol.

¡Hasta mañana Señorita!...
¡Pero qué manera de haber gente amontonada esperando a los chicos!, parece el ingreso a la cancha... ¡cuidado señora, que está pisando a mi hijo!... ¿Me pareció a mí o ni me miró tu maestra?... ¡Claro!, en tremenda avalancha de gentío, cómo me podría prestar atención... pero podría ser un poco más simpática, una sonrisa a la semana no le produciría comezón... después dicen que hay seguridad a la salida... ¡cuidado señor!...

Dale nene, no ves que se hace tarde y tenemos que andar a las corridas. Sí, ya sé, seguro que preferís ir en taxi... pero si sabes que no tengo ni una moneda... dale, camina, camina más rápido... que se hace tarde... ¿cómo se llamaba tu maestra de primer grado?... ¿Ludmila?... ¿Lucrecia?... tiene un par de ojos tremendos... ¡Hay si algún día me mirara!, já... aunque no sonría, ni me mire, já...

Pero vamos, vamos, camina un poquito más rápido que no te hace mal,

dale. Y no me vengas con que la mochila es pesada, porque te compré una bien livianita, eh...y de buena marca, para que no hablen los demás. Vamos que el saber no ocupa lugar... así que apúrate... y no me digas que estás cansado porque tuvieron gimnasia en la última hora... si no hacen nada... ustedes son bastante perezosos, y los profesores la ganan bastante fácil...

Mira, cuando yo era niño vivía en el campo. A una legua del pueblo. Me iba en bicicleta... ¿Cómo que es una legua... ni eso te enseñaron? Son unos cinco kilómetros... bueno, te decía que me iba en bicicleta a la escuela y ya llevaba la pelota de cuero en una bolsita. A la salida del colegio, nos íbamos con todos los amigos a la cancha del baldío de enfrente, y le dábamos hasta bien entrada la tardecita. Y así como estaba, bien transpirado, me subía a la bicicleta y pedaleaba bien fuerte la legua de regreso, que parecía más larga y empinada, para estar de regreso para la hora de cena, compartiendo la mesa... ¡Sino mis viejos...!

Llegaba destruido, con más tierra encima que el camino mismo... había cada guadal que las ruedas se hundían como en la nieve... y masticaba tanto polvo que se me fueron limando los dientes... entre el sudor y la tierra, llegaba todo embarrado, y encima nada de haraganear, a ducharse rápido y con el agua helada, hasta en pleno invierno, porque la garrafa de gas se reservaba para los abuelos primero y los padres después. La excusa era que el agua fría te reactivaba la circulación...já... si yo tenía la circulación como una coctelera de tantas horas de fútbol y bicicleta. Y cepillarse los dientes, y peinarse el cabello... esos remolinos enredados y pinchudos, con pan de jabón blanco federal, me hacen recordar a los tuyos...

Entre bocado y bocado del puchero se me cerraban los ojos. No veía la hora de acostarme. Pero aguantaba. Así se hacen los hombres, nada de andar quejándome... después

de la cena, la tarea. Y una vez en la cama... nada de dormir por un buen rato... primero había que repasar mentalmente en la oscuridad todas las jugadas del partido de esa tarde, para meter imaginariamente en el arco las que había pateado afuera... para soñar despierto con los goles que haría el día siguiente... ¡Qué cansancio ni ocho cuartos!... yo no protestaba nunca... jamás. ¡Y tampoco traía malas notas, eh! Porque sino me castigaban y me dejaban sin la bicicleta y la pelota por un buen tiempo... ¡y ambas eran sagradas!...

Y vos ahora te cansas por caminar ligerito estas diez cuadras... anda... los chicos de hoy son todos unos flojos... unos malcriados... ¿acaso no te das cuenta? El único padre que va con su hijo, soy yo... los demás ni ahí... todos llegan con sus mamitas, sus abuelas, o las "chicas que los cuidan"... ¡Por favor!... Vaya a saber que resultarán de grandes... por eso todo está como está en este mundo.

Seguro que los padres se justifican, "no puedo ir, tengo que trabajar"... ¡sí, seguro!... Se quedan en sus oficinas, o en el alter office hablando de mujeres, de "minas", entre ellos... eso hacen...les parece que es rebajarse el acompañar al hijo a la escuelita de fútbol... ¡Agrandados!... ¡Mediocres!... ¡Perdedores de billeteras gruesas!

Entonces, el que queda como un bestia soy yo, cuando me prendo al alambrado periférico y te grito alguna indicación... y ni que hablar cuando se me escapa algún insulto... las mamitas me miran con repugnancia... como si yo fuera un degenerado... ¿Qué saben ellas de fútbol, eh?... nada... ¿acaso yo me burlo al verlas lloriquear cuando cuentan el final de sus novelitas por la televisión?... no... ¿y entonces qué se tienen que meter conmigo?... si yo te traigo acá porque ya no hay potreros, las plazas son baños para perros, y la pelota no pica, queda encastrada en la porquería... entonces te tengo que traer acá... a correr en esta pista de cemento... y encima los "profesores" que te "enseñan fútbol" no pisaron el césped nunca, no tienen la menor idea... pero total qué importa... las

"mamitas están contentas"... trajeron a sus hijos a descargar tensiones, a descontracturarse, a desintoxicar stress y volver más "cool" a la escuela el día siguiente.

¡Y vos me salís con que estás cansado!... pero anda...

Eres el típico producto de estos tiempos modernos, pura tecnología. Todos los chicos se pasan horas y horas sentados como pavos reales frente al televisor. Si por lo menos mirasen algún partido... pero no... los señores miran luchas de dinosaurios robots, de mamarrachos con forma de escoba deflecada que lanzan "rayos láser", figuritas mal dibujadas por japoneses que hablan en inglés subtulado en español, héroes con trajecitos ajustados y de colores raros... ¡Por favor!... ¡Qué fácil que ganan dinero algunos!... y a costa de petrificar cerebros pequeñitos.

Yo lo único que miraba era al Patito Saturnino y al Lagarto Juancho... el Show de Carlitos Balá y su perro invisible Angueto y las canciones de la divina Silvia Mores... yo estaba enamorado de ella... ahhh...y solo un ratito los sábados y domingos al mediodía... y mira, me gusta el fútbol como a ninguno... en cambio ustedes los tecnocibernéticos siempre tienen problemas... juegan pero no les gusta la pelota en absoluto... es un compromiso para conformarnos a lo adultos... después vuelven y se enfrasan en la TV o en la Play Station. Vamos... apúrate, dale...

Yo me desvivo por vos. Te compro los botines ultra-livianos, esos de la propaganda, con la "célula de aire para mayor comodidad y ajuste al pie, que perfecciona la pegada"... y vos no corres ni dos metros... ¿sabes lo que me costaron?... de chico yo tenía unos botines de cuero que parecían acero... ni lengüeta tenían. Si le pegabas de lleno se te clavaban los cordones en el pie. Todavía tengo las cicatrices. Mira con los zapatos viejos que ando yo todos los días... y vos ni pedís la pelota... ¿no te das cuenta que tenés que patear al arco?... ¿para qué entras

a la cancha a jugar y después pedís ser arquero?... te juro que si vas al arco otra vez, entro a la cancha y te saco de una oreja... ¡arquero!... anda...

Vos tenés que ser centrodelantero... vos sos el "nueve", entendés... el "NUEVE"... y tenés que meter bien duro...

Si hay un córner, te paras al lado del arquero y lo molestas. Sos morrudo y grandote, él no te puede mover. Y entonces lo anticipas y cabeceas al gol... y a festejar al alambrado... ¡Pero cabecea nene!... me paso horas enseñándote en el patio con la pulpito y cuando viene un córner en la práctica, vos te corres para afuera del área... ¿te burlas de mí o le tenés miedo a la pelota?... decime, no agaches la cabeza, decime... Me pones loco, y si te grito... las "minas" que me miran feo... bah...si por lo menos estuvieran lindas... pero los maridos las mandan tranquilos porque saben que son bagre y medio... sino, ya las iban a dejar venir... sí...

¿Vos sabías que tu papi ha sido un tiburón implacable?... me he comido cada pececito que ni te cuento y hasta... pero eso no importa ahora, no me cambies de tema... el tema pasa por tu actitud ... ¿no te enseñé a pegarle a la pelota?... la pierna de apoyo bien cerquita de la bola y con la de impacto le das bien fuerte... los ojos en el arco... bien abiertos y enfocados en el perímetro de gol... si podes le apuntas al arquero, eso no falla, entra seguro... y shotea como te enseñé... le pegas abajo y se clava arriba, le pegas bien al medio y la clavás abajo... fácil nene, fácil...¿sí?... ¿entonces porqué cuernos no lo haces?... le pegas a la pelota como pifiada de billar, con un miedo terrible... ¿miedo a qué?... ¿miedo a qué?... ¡eh!

Vamos, apúrate que ya falta poco... dale...

Deja de quejarte y obedece, vamos, yo soy tu padre. Yo ya fui chiquito y aprendí, entonces vos me tenes que escuchar. Es para que no te golpees en la vida como me paso a mí.

Hacéme caso y listo. Aprende de mis errores, no de los tuyos. Ganá tiempo. Yo hubiera sido un jugadorazo si no me agarraba esa neumonía... y después tuve que laburar como un condenado para mantener a mi madre, que quedó viuda, la pobre. Y encima, para empardarla más, me fui a casar jovencito con la Noemí... ¿Para qué?... de puro calentón nomás... capaz que hoy estaría forrado en dinero y hasta te podría traer en auto importado a la escolita...

Aunque anda a saber... capaz que si tenía "guita", me quedaba charlando como las maridos de las "minas" estas, y vos ni aprendías fútbol... que se yo... ¿Viste como me marca siempre la madre del colorado amigo tuyo, o me parece a mí? .. ¿nunca te preguntó por mí... no?... ¿Ves que no tenés que ser un pobre tipo como yo?... Ni como esos vagos de porquería que andan hoy por la calle... mira allá más adelante en la vereda, ves así vas a quedar si no me prestas atención... vagos, drogones... Si algún día te veo con esos pelos y esa mugre, no serás más mi hijo, ¡Palabra!

Vamos que llegamos, dale, entra rapidito, entra, dale... vamos rapidito al vestuario que tenés que cambiarte... ¡Dale Francisco!... no me hagas enojar... escucha... escucha... ya se siente que los chicos están peloteando... y los bagres de las mamitas parloteando... vamos nene, dale, dale...vamos que tenemos que ganar... no me hagas quedar mal...".

"Rasta, ¿viste al tipo ése?..."

Pobre, venía hablando sólo desde lejos el loco.

Primero pensé que estaba hablando por el celular, de esos que vienen tipo "manos libres", ah. Pero no, ni ahí... el tipo venía caminando y hablaba y hablaba solo. Hasta me miró feo cuando se dio cuenta que yo lo miraba. Ahí, justo delante de la puerta de la Escolita de Fútbol.

Después entró. Solo. Cada vez encuentro más gente que viene hablando sola... esta ciudad se está llenando de enajenados, de loquitos, Rasta.

¿Porqué será... el agua estará contaminada?... no sería raro, viste que todas las porquerías de las fábricas las tiran al agua, para que se la lleve la corriente. Y los desechos cloacales también. Já, en el agua no se marcan las huellas. O en una de esas es la tecnología.

¿Viste que dicen que las antenas de los celulares te llenan de radiación?... dicen que eso te frien el cerebro...

¿Rasta?... ¿Rasta?... ¿donde te metiste?... ¿No ves que me dejas hablando solo como un imbécil otra vez?...

*¡Rasta!...
¡Raaastaaaaaaaaaaaaaaaa!!!!!!!!!!!!!!”.-*



«LOS TRENES Y EL TIEMPO»

Lourdes Otero León



Sixto Aguado, hijo de ferroviario y aprendiz en *los Talleres Generales de Reparación*, había estado en la Estación del Campo Grande tres veces; sólo hubo de coger el tren una, para no llegar nunca a su destino.

La primera vez tenía trece años, era el 15 de abril de 1931, 48 horas después de la proclamación de la segunda república, formaba parte allí de una multitud que aclamaba entusiasta a los nuevos ministros a su paso por Valladolid. La segunda, Sixto había cumplido ya 27: “*Los primeros miembros de la División Azul a su regreso*”, rezaba el pie de la foto que le tomaron a él y sus compañeros a su llegada a la estación. La última y definitiva, fue pocos días después, el 3 de Enero.

Sixto Aguado se dirigió a las taquillas abarrotadas de paletos, y señoras pálidas con el cardado de la época, un peinado que se llamaba “el arriba España”. Todos iban a sus pueblos de origen y llevaban de la mano chiquillos ruidosos, cestas vacías y maletas de madera, que probablemente estarían más pesadas a la vuelta. Allí, compró un billete, para supuestamente ir a la aldea berciana de

la que provenía su familia. Eran las Navidades del 44. A las 7 h. 45 m. tomó el 421 Correo-Expreso de Madrid-P. Pío a La Coruña y Vigo. El que sería tristemente famoso más tarde como *El tren de la muerte*.

Los hilos que le puede dar unidad a una biografía son muchos, pero a la de Sixto sin ninguna duda se la dan los trenes, las máquinas de metal de las que cuidaba su padre; que bramaban al cruzar la ciudad seguidas por los perros, que pitaban desbocadas cuando los chiquillos corrían detrás de ellas tirándoles piedras.

Su padre había llegado a Valladolid en 1911 cuando los talleres de *la Credit Mobilier*, la sociedad de *los Pereire* que construyó el trayecto de vía Madrid-Irún, amplió los talleres para la reparación de locomotoras y vagones en Valladolid. En los *Talleres Generales de Reparación* su padre podría haberse ganado la vida como soldador; hábil tornero, fue uno de los primeros en practicar *la soldadura autógena oxacetilénica*. Este galimatías técnico se lo había repetido con erudita exactitud su progenitor infinitas veces, pero entonces el señor Aguado ya no era la montaña erguida que Sixto recordaba de su primera infancia. En la época en la que comienza mi relato, el mecánico, debilitado por las secuelas del tifus, tuvo que abandonar los talleres y pasaba largas temporadas en el paro. A Sixto entonces el orgullo de su padre le parecía objeto de chanza, y para sus adentros, cuando su padre, aquel ogro de ancha cabeza, sufría alguno de sus súbitos y frecuentes arrebatos de cólera, “por lo bajines” le llamaba soldador “asco-geta y oxidado”, y se prometía a sí mismo no llegar a parecersele nunca.

La familia vivía en una casa de vecindad en S. Pedro, un barrio que,

como casi todos los de Valladolid antes de la desviación del cauce de “las Esguevas” no se podía describir como simplemente sucio, sino como repugnante. Posiblemente esa fuera la causa de la posterior obsesión de Sixto por la pulcritud y la pureza.

Por todas partes había charcos con aguas corrompidas y cenagosas. De las alcantarillas salía un olor insoportable a la suciedad de los pozos negros, pues la red de canalización de aguas no llegaba a los suburbios. A este hedor infrahumano se sumaba la pestilencia de las vaquerías, que se multiplicaban al margen de las ordenanzas municipales, y de los animales muertos abandonados en la calle. No era de extrañar que poco antes de que él naciera las epidemias de cólera y de tifus hubieran asolado repetidas veces la ciudad. Su padre enfermó en 1912 y su salud, nunca definitivamente recuperada, les llevó a vivir “del Plus”, una ayuda municipal con la que el ayuntamiento intentaba mitigar los efectos del paro estacional, que llevaba a los abundantes obreros de la construcción a vivir de la mendicidad en el invierno.

Aquel suburbio no era peor que las barriadas históricas (S. Nicolás, S. Andrés, S. Juan...), los corralones de vecinos no tenían tampoco allí agua corriente, electricidad o excusado; y las aguas estancadas e insalubres formaban también en el centro de la ciudad charcos infectos, que sólo se secaban cuando los calores de julio y agosto arreciaban. Pero Sixto, a diferencia de otros chiquillos de las casas de vecindad, no se pasaba el día sucio y desarrapado vagabundeando por el patio y las calles. Desde los 6 años comenzó a ir a la escuela a diario, y no a las Escuelas-Asilo, promocionadas por “las señoras bien”

de la ciudad, sino al colegio de los Jesuitas en la Plaza del Museo. Había en el S. José algunas plazas gratuitas, reservadas para niños “apadrinados” por las familias de los frailes. Su madre, que trabajaba allí en el servicio de la cocina, consiguió que lo admitieran.

Cada mañana su madre le restregaba en el pilón comunitario, pero a Sixto siempre le pareció que aquel agua estaba sucia; decía que “tenía arañas y bichos” y se defendía como podía, hasta que su madre con tirones de pelo y pellizcos le convencía. Después le obligaba a comer algo de pan mojado en leche, pero Sixto se quejaba de que el pan “se le hacía bola” y enseguida se cansaba de masticar. Por fin, cuando todas sus quejas y melindres terminaban, madre e hijo caminaban durante casi una hora, y llegaban exhaustos a las puertas del colegio, casi en frente de las Carmelitas.

-I-

Cuando Sixto llevaba ya 7 años en esa rutina de pilón, angustia en el comedor escolar y frailes, después de las elecciones del día 12 de abril todo iba a cambiar. Su padre, la tarde del 14, con indisimulado alborozo, lo llevó del brazo por las calles, hasta llegar a la Plaza Mayor: “Viva la República” gritaba incesantemente la multitud. En el balcón del ayuntamiento ondeaba la bandera tricolor. Pero, pese al miedo de la burguesía, que se ocultaba tras los visillos al paso de la manifestación, el júbilo compartido parecía dulcificar los resentimientos y hacía olvidar el revanchismo. Las multitudes, que entonces asustaban a Sixto, por una vez, parecían enardecidas por sentimientos de fraternidad e ilusionada esperanza. Y Sixto también, por una vez, se sintió unido a los

ideales republicanos y socialistas de su padre.

Los líderes locales, entre ellos Federico Landrove Moíño, el futuro alcalde, potenciaban con su retórica todos estos fraternales sentimientos, y desde el balcón insistían en el orden y la tranquilidad. Para terminar sus pacifistas arengas, los convocaron para acudir la tarde siguiente a la estación de Campo Grande: esa tarde que iban a pasar por la estación de Valladolid dos trenes que iban a cambiar la vida de Sixto Aguado..

A las tres y media se puso en marcha la manifestación: Al son del *Himno de Riego*, todo Valladolid avanzaba cogido del brazo hacia las dependencias ferroviarias: A la cabeza iban los comités de la Federación de las Sociedades Obreras, de la Agrupación Socialista, La Alianza Republicana, el Partido Republicano, la Federación Universitaria y el Casino Republicano; así como las delegaciones llegadas de varios pueblos, y los representantes de Correos y Telégrafos. También Sixto, de corta estatura y enclenque, y su padre, el gigante que comenzaba a menguar, esa tarde emocionados entonaron *la Marsellesa* cogidos del brazo.

Pero pasó lo imprevisto, el expreso Madrid-Irún, en el que viajaba la familia real dirigiéndose a su exilio en Francia, circulaba con hora y media de retraso, y entró en la estación a las cuatro y media, justo cuando todos estaban preparados para recibir a los nuevos ministros republicanos. Cuando se vio obligado a entrar en agujas, el tren que conducía a la Reina y los Infantes en su huída hacia la frontera, el gentío estaba ya por todas partes: subido a las farolas, a los tejadillos del kiosco, del otro lado de las vías, y en los andenes a rebotar. Sixto no pudo ver a la familia real, las cortinillas del vagón real

estaban echadas, pero se dejó llevar por un laberinto de emociones desconocidas. Sintió el descontento de la multitud, el desconcierto que los paralizaba, pero también una forma colectiva de reverencia o de respeto, que hasta ese momento no se le había presentado. Un sepulcral silencio tomó los andenes durante los 10 minutos que permaneció el convoy en la estación.

Después, cuando el tren esperado entró en la estación, llegó una explosión de júbilo, de la que Sixto no fue ya participe. Se sucedían los vítores a la República, tras los discursos del futuro alcalde y de los ministros, Prieto, Martínez Barrio y Domingo. La estación era una fiesta. Pero Sixto, reconcentrado, intentaba evocar las sensaciones de apenas hacía unos minutos. En ese momento triunfalista no se sentía cómodo entre la multitud enardecida. No es que su sensitiva personalidad le hiciera barruntar ya las sangrientas convulsiones que les iban a llevar a todos pronto al desastre, simplemente se sabía ajeno a aquel jolgorio. Él no iba a ser republicano como su padre. Él era ya un monárquico convencido. El silencio reverencial de aquellos minutos quedó asociado para siempre en la cabeza de Sixto con todo lo elevado, lo digno y lo puro.

Meses después, Sixto a sus 13 años no pudo continuar con las clases en el colegio de los jesuitas: la nueva constitución del 31 los consideraba incompatibles con la trayectoria política del país y fueron expulsados. Su madre intentó reengancharle a las lecciones en una de las nuevas escuelas públicas que el alcalde Landrove abría por doquier. El nuevo alcalde duplicó el presupuesto municipal para el llamado "desayuno escolar", pero Sixto prefería no desayunar. Fuera de sus rutinas no

se adaptaba a su nueva escuela y pasaba muchas mañanas en la calle, corriendo con los perros detrás de los trenes; creía que si se lo proponía y corría con todas sus fuerzas, podía llegar a adelantarlos con sus cortas piernas. Aunque los trenes siempre al final lo dejaban atrás.

Sixto, en esas correrías, vivía en una continua caza de sensaciones, que no de ideas: las archivaba, diseccionaba, clasificaba y evocaba, para abandonarse después a su recuerdo. Sobre todo le gustaba revivir la triste solemnidad de la huída regia, aunque también el olor del pelo rubio ceniza de Amelia, la hija de su nuevo maestro, D. Aniano. Amelia era apenas dos años mayor que él, pero estudiaba ya para maestra de niñas, en el colegio de *las Francesas*, y algunas tardes ayudaba a su padre en la enseñanza de las labores de costura, bordado e higiene, en los bancos de las niñas. Sixto entonces intentaba hacerse el encontradizo con ella, pero en aquella época nunca se atrevió a dirigirle la palabra.

D. Aniano era un hombre enteco y de elevada estatura, al que sus alumnos apodaban “el cura”, porque su calva hacía pensar en la tonsura de un clérigo o en la corona de un santo. Era un maestro al que, en aquellos días de fervor republicano, le gustaba conducir el rebaño de sus escolares a las procesiones cívicas hacia el cementerio. Con ellas, el Ayuntamiento intentaba homenajear a los viejos republicanos de Valladolid, que estaban ya en sus panteones. En esos paseos Sixto se reconcilió con D. Aniano, que parecía estar convencido del talento del muchacho e intentaba dar conversación al colegial durante el trayecto. Pero, tímido y cauteloso, Sixto habitualmente se mostraba evasivo. La mayoría de las veces avanzaba muy

despacio entre las filas de escolares para ponerse a la altura del maestro, y después sólo le contestaba con monosílabos. Cuando por fin llegaban a la explanada del Carmen, y Sixto divisaba los ángeles de mármol y las estatuas funerarias, le embargaba una pena muy dulce: se le imponía la certidumbre inexorable de que todos, él, sus padres, el maestro -en sus compañeros nunca pensaba-, incluso Amelia, iban a morir, y esa idea le producía una extraña y grave sensación de paz.

Como Sixto se sentía cada vez más atraído por todo lo oscuro y elevado, por aquellas ideas románticas, o eso creía él, cada vez despreciaba más el feísmo aburrido en el que transcurrían las vidas de los suyos: la de su padre, que militaba en la Agrupación Socialista Vallisoletana, y que se pasaba las horas muertas en la casa del Pueblo; mientras que su madre se veía obligada a “limpiar mierda ajena” -decía el señor Aguado-, como sirvienta, en una casa de la calle Teresa Gil. También la vida de D. Aniano le parecía oscura y baldía. Corría ya el año 34, había cumplido los 16 años y pronto iba a dejar la escuela. Su maestro, que finalmente había conseguido intimar con él, intentaba inculcarle por entonces los ideales progresistas que procesaba: “El mecanicismo”, el culto a la técnica que traería de la mano la libertad para la clase obrera. Según D. Aniano, frente al oscurantismo y la superstición, que tan bien habían sabido manejar los burgueses y los curas, el remedio estaba en la ilustración pública. Pero, no sólo en la escuela, sino en las fábricas: cuando los medios técnicos estuvieran controlados por los trabajadores, éstos, los nuevos héroes del progreso, podrían reconducir la decadente sociedad

burguesa hacia un nuevo orden social sin clases, donde todos fueran, por fin, libres e iguales.

Pero a Sixto la retórica de su maestro sobre “el realismo heroico de los trabajadores” le recordaba demasiado el orgullo del *soldador autógeno oxicitilénico*, y se sentía incapaz de identificarse con aquel proyecto de sociedad fabril y mecanizada, en la que todos iban a ser supuestamente felices e iguales manejando el soplete. Más que la mística de los trabajadores, le interesaba la lectura de los artículos de Sánchez Mazas en el ABC, que D. Aniano tanto censuraba. Se identificaba con las críticas encarnizadas del escritor al socialismo y a la supuesta igualdad que preconizaba: “en la naturaleza todo eran jerarquías”, le decía Sixto a D. Aniano. A lo que éste le respondía que “¿por qué él no era igual a sus iguales?”, y que “¿qué le hacía creerse tan singular?”. Aquellas charlas en casa de D. Aniano le parecían especialmente agradables si estaba Amelia, que, segura de sí misma, y a punto de empezar a trabajar como maestra de párvulos, estaba en completo desacuerdo con el muchacho.

Gracias a los antiguos conocidos de su padre, comenzó a trabajar en los *Talleres Generales de Reparación*, y todas aquellas ideas confusas se le confirmaron con una evidencia incuestionable: Despreciaba por igual al patrono y a sus supuestos camaradas: “efectivamente, en la naturaleza hay jerarquías, -le decía al maestro-, pero no se corresponden con las que respeta el orden social”. -“En eso tienes razón -le concedía Aniano-“.

Ese fue un año de huelgas y enfrentamientos callejeros en Valladolid. Los desacuerdos entre la

federación Local de Sindicatos Católicos y la Casa del Pueblo eran cada vez más frecuentes y, en no pocas ocasiones, terminaban en violentas agresiones. Él le decía a su padre que “no volvía ni por una parte ni por la otra”, pero que estaba harto de tantos desórdenes, que “con tanta incertidumbre no se podía salir adelante”.

La huelga general, que convocó el PSOE como réplica al nombramiento de tres ministros de la CEDA en el gobierno de Lerroux, fue total entre los ferroviarios y él también la secundó, pero al día siguiente se declaró el estado de excepción, y todos volvieron en masa al trabajo. Aunque hubo represalias. Sixto y muchos de sus camaradas fueron despedidos, pero los miembros de la UGT quedaron readmitidos a los pocos días, mientras que Sixto se quedó en la calle. El resentimiento hacia el sindicato después de aquello no le iba a abandonar nunca.

Todas aquellas ideas iban a definirse políticamente un 4 de marzo, cuando Sixto, con D. Aniano y su hija, acudieron al mitin de fusión entre la Juntas Castellanas de Actuación Hispánica de Onésimo Redondo con las JONS de Ledesma y la Falange de Primo de Rivera. Iba a ser un acto sonado en Valladolid, y se celebraba en el Teatro Calderón. Amelia y Sixto se avinieron a entrar, después del paseo dominguero por la Calle Santiago, porque D. Aniano insistió: tenía especial curiosidad por escuchar a Onésimo, un muchacho de Quintanilla de Abajo. El maestro les contó que Onésimo había ido a Manheim como lector de español, y que allí había tomado contacto directo con el partido Nazi, apoyando después al general Sanjurjo en el levantamiento del 32 contra la República.

Por lo que pudieron escuchar ya dentro, el falangista ahora promovía una ideología completamente opuesta a la visión mecanicista, progresista y universalista del pensamiento de Aniano: defendía un orden antiliberal, impregnado de sentimiento castellanista y de culto al agrarismo. Aquellas ideas no le dejaban frío a Sixto, que prestó una embelesada atención a las enardecidas críticas del ahora falangista a los ideales democráticos y liberales: su defensa de las jerarquías, y de un tradicionalismo que no estaba reñido con la monarquía.

Después de aquel mitin, Sixto se empezó a plantear si el paraíso en lugar de estar en el futuro -como pretendía su padre, que quería el progreso a toda costa-, no estaría en el pasado. Se preguntaba si no sería mejor, en vez de mirar siempre hacia adelante, mirar también hacia atrás, y recuperar de la tradición toda la inocencia y la pureza que el maquinismo se había llevado.

Sixto no se apuntó a los "jonsistas" vallisoletanos, pero las charlas con D. Aniano iban perdiendo poco a poco su tono placentero y cordial. Aquellas ideas supusieron también la ruptura definitiva con su padre, que, como D. Aniano, no daba crédito a la insondable "burrería" de aquel muchacho, que había parecido prometer tanto, y que, sin embargo les había traicionado. Sixto se sintió muy solo cuando se decidió a dejar el barrio de S. Pedro y alquiló un sotabanco en un edificio de la calle Núñez de Arce, fue entonces cuando comenzó su militancia: iba todos los días del taller al triste cuarto (pues pudo recuperar su antiguo puesto por mediación de su padre) y no había más ruptura en sus rutinas que los paseos, ahora secretos, con Amelia, y los mítines de la Falange

en Valladolid y en los pueblos próximos.

Los meses previos al estallido de la guerra se caracterizaron por los desordenes públicos que promovían esta vez los suyos, los falangistas y los jonsistas, intentando erosionar la autoridad de los republicanos. Hubo multas, registros y detenciones de los cuadros del partido, pero a Sixto nadie le molestó en su sotabanco. El día 17 de julio llegó el general Saliquet a Mucientes y la tarde del 18 comenzó la acción: Saliquet tomó la VII división, detuvo a Molero, máximo representante legítimo, y, antes de trasladar a Madrid las fuerzas de seguridad y de asalto vallisoletanas, ocupó los edificios de Correos, Telégrafos, Teléfonos, la emisora de Radio Vallisoletana, y la sede de la CNT. El día 19 la ciudad estaba bajo el control de los sublevados, que habían tomado también el Ayuntamiento, la Diputación y la Casa del Pueblo: allí el padre de Sixto Aguado, y otros 447 socialistas fueron detenidos.

-II-

Sixto no volvió nunca más a ver a su padre con vida. Supo que le formaron un Consejo de Guerra por delito de rebelión militar, y que a él y a alguno de sus compañeros los alojaron unos días en la cárcel vieja de Chancillería. A otros, como no había sitio suficiente, los llevaron a las cocheras de los antiguos tranvías, o a Medina del Campo, La Santa Espina, y Medina de Rioseco. Después de un juicio rápido, según le contó un camarada superviviente, al señor Aguado "le pasearon" hasta la explanada del Carmen. "Había sido valiente -le dijo-, no lloró, ni suplicó por su vida". Sixto fue afortunado, pudo recuperar el

cadáver en el Depósito Judicial y organizar un funeral al que acudió con su madre.

Pocos días después, firmó en un “banderín de enganche” y con “La Bandera Girón” y 137 compañeros salió de Valladolid hacia el Alto del León. No iba a regresar sino siete años después: el mes de noviembre de 1943, pero entonces ya era otro. ¿Qué quedaba del romántico caballero-soldado que al comienzo de la guerra había creído ser? Sin duda, a aquel supuesto héroe lo había corroído poco a poco la implacable mecánica de “la muerte organizada” hasta no dejar nada.

Del antiguo “realismo heroico del trabajador” que le había intentado inculcar D. Aniano -y que él siempre había despreciado-, había pasado ahora a profesar el realismo heroico de “la máquina de la muerte”, que desplegaron los alemanes en las puras y níveas estepas rusas. Pocos meses antes de su regreso, en febrero, había participado en la batalla de Krasni Bor, donde una enorme preparación artillera de los rusos había arrasado todo el sector español. Se produjeron más de 4000 bajas, la sangre roja hacía aún más blanca la nieve helada, pero él, absorto en su contemplación, y paralizado por el miedo y el frío, milagrosamente salió indemne. Cuando en octubre se anunció el regreso de la División Azul, volvió a tener suerte: el teniente Sixto Aguado fue uno de los primeros en ser repatriado.

-III-

El día de su regreso a Valladolid fue inmortalizado por esa foto que tomó la prensa a su llegada a la estación. Es la única que he podido conseguir de él: un hombre joven, de unos 25 años, aunque con una madurez precoz en

sus ojos huidizos; sin uniforme, con el pelo muy corto, y con un petate a la espalda. Con él aparecen otros dos camaradas, que también eluden el objetivo de la cámara. Es una foto sorprendente no parecen joviales y sonrientes, como cabría esperar (habían sido recibidos con relativos honores en Madrid, y ahora regresaban a casa), sino más bien entre sorprendidos y contrariados.

Después de todo lo que habían pasado, su recibimiento se había quedado “en guirnalda y cuatro banderas en Atocha”. A aquella decepción se había sumado la toma de conciencia de que el régimen estaba en manos de déspotas y oligarcas, que nada sabían de los ideales que les habían llevado a aquella “cruzada heroica”. Si Sixto no olvidó nunca su resentimiento hacia la Casa del Pueblo, tampoco iba a olvidar aquel desengaño. Esa pudo ser su motivación, pero la situación política fue el desencadenante:

He intentado reconstruir qué pudo llevar a Sixto y a sus dos compañeros a planear y poner en marcha el sabotaje del Expreso-Correo Madrid-La Coruña el día 3 de Enero de 1944. No tengo pruebas, pero estoy convencida de que fueron ellos.

El 8 de Septiembre anterior, varios generales conscientes de las derrotas del eje pidieron a Franco la restauración de la monarquía. Además parecía que los tradicionalistas, después del 41, con la abdicación de Alfonso XIII a favor de su hijo D. Juan, se hacían cada vez más presentes. ¿Qué relación llegó a tener Sixto con estos generales monárquicos? Habrá de ser objeto de posteriores investigaciones, pero quiero adelantar aquí mi hipótesis: él y sus dos compañeros de fotografía, Isidoro Peña

y Teodoro Delgado que, antes de la guerra, habían sido factores en Bembibre, probablemente fueran captados en Madrid para un complot fallido, que habría tenido como objeto el desgaste del dictador. Posiblemente, se habría planeado desde la cúpula del régimen, por generales y falangistas insatisfechos. La presencia en Madrid de Sixto, el antiguo mecánico de los *Talleres Generales de Reparación*, debió de ser para ellos una revelación. Por el momento, me atenderé a los hechos. Hay testigos que afirman que Sixto y sus compañeros se alojaron durante quince días en una pensión de la calle Muro, y que apenas salieron. Sixto no intentó localizar a su madre, ni siquiera a Amelia, con la que hacía un par de años que había dejado de cartearse. Fueron ellos mismos los encargados de concretar los detalles del asalto. Eligieron un tren que solía acumular retraso, además era previsible que en aquellas fechas navideñas viniera aún más largo, a lo que habría que sumar el trasiego y el descontrol de la gente sin billete, porque era la feria de Bembibre, un pueblo y una estación que conocían bien sus camaradas. La fecha y el tren parecían propicios, pero lo más importante eran los pormenores técnicos.

Según consta en los archivos de ALAF, el tren correo expreso 421 ese día fatídico llegó a Valladolid con la máquina 241-4020 (montaña-Ex Norte 4620) a las 7,45 horas con 1,10 horas de retraso. El expendedor de billetes, Mariano Tohada, asegura haberle vendido a Sixto Aguado un billete a Astorga, aunque no recuerda a sus dos compañeros. Posiblemente, Sixto se acomodó en un vagón de tercera y esperó, sabía que en León se procedía siempre al cambio de máquina, que se sustituiría la máquina Montaña por la

Americana 141-2030 y la Mastodonte 240-2444, dando la doble tracción.

En León se bajó con la ropa habitual de faena de los mecánicos y se mezcló con los técnicos que esperaban. Posiblemente, si a algún ferroviario le hubiera chocado su presencia, Sixto habría sabido justificar con un argumento plausible qué hacía allí. El plan consistía en anular el sistema de freno de la Americana y contar con que el nerviosismo llevara, como había ocurrido otras veces, a permitir la reanudación de la marcha sólo con los frenos de la Mastodonte, colocada en segunda posición. Todo salió como habían pensado. Había que esperar. El correo 421 llegaría sin novedad a Astorga, donde subiría y bajaría multitud de gente. Él bajaría y se perdería entre el gentío, antes de que la composición iniciara el peligroso descenso del puerto del Manzanal. En la estación, Isidoro Peña y Teodoro le recogerían con un coche a su regreso de Torre del Bierzo, donde previamente habrían manipulado las transmisiones, que pasaban por el interior del túnel 20, y que accionaban las señales de avanzada y entrada.

Su sabotaje consistía en hacer cruzar, en el túnel de Torre del Bierzo, un carguero cualquiera con el Correo desbocado, después de bajar el Manzanal prácticamente sin frenos. Cuando la Americana del Correo arremetiera contra los vagones del carguero, todo quedaría hecho un amasijo de hierros retorcidos. Lo que acarrearía un enorme desgaste contra la sensación de fortaleza que intentaba dar el régimen. Ese era el objetivo de los generales de Madrid.

Pero ocurrió algo con lo que Sixto no contaba, en Astorga subieron al tren dos caras conocidas. Amelia y D. Aniano habían comprado un billete con

dirección a La Coruña, donde esperaban embarcarse con dos pasajes, para los que alcanzara con sus exiguos ahorros. Habían huido de Valladolid, porque después del 39 Aniano había terminado “padeciendo de los nervios”; temía a cada momento la delación de los vecinos, de los antiguos alumnos, o de cualquier envidioso que los quisiera mal. Aquel hombre tan mesurado casi flemático, se había vuelto una madeja de nervios, que miraba desconfiada a derecha y a izquierda, incapaz de relacionarse con nadie. Su neurastenia no le dejaba valerle ya por sí mismo y se había dejado arrastrar hasta allí por Amelia, que hacía dos años había puesto escuela en Somoza de los Infantes. Pero que ahora, después de las recientes depuraciones, ya no podía seguir enseñando.

Algo del hielo ruso que se había quedado en el interior de Sixto se quebró al verles. Primero pensó en bajar, pues ya no había marcha atrás. Pero no pudo. Se le ocurrió una idea alocada: aún quedaba una parada antes de Torre del Bierzo, en Albares, tendría el tiempo justo para contarles todo y convencerles de que bajaran. La composición inició el descenso del Puerto del Manzanal, y Sixto parecía tener suerte otra vez, el tren realizó una parada no prevista en la estación de la Granja, donde los maquinistas detectaron el caldeo en uno de los ejes de las locomotoras y pararon para apartar la Mastodonte, y seguir sólo con la Americana.

Sixto, más tranquilo por los minutos que había ganado, se acercó al coche de tercera, el número 8 de la composición, donde el maestro y su hija se habían acomodado. Aunque, al llegar a su altura, no se paró, siguió avanzando hacia los primeros vagones, los que sabía que sufrirían más daños.

Cuando pasó a la altura de Amelia el corazón se le salía del pecho, pero no miró en su dirección, continuó hacia los vagones de primera, hasta el coche-bar, el número 5 de la composición.

La Americana siguió siendo incapaz de hacer freno, y ya se encontraba en las duras pendientes del puerto. Sixto, acomodado en un taburete, sabía que en aquel momento algún carguero avanzaba también hacia el túnel de Torre del Bierzo. Pero, con una impasible tranquilidad, pudo imaginar, sin moverse, la angustia de sus amigos cuando escucharan las señales de alarma de los maquinistas. La angustia de Amelia y D. Aniano cuando vieran que, sin control, el tren a la deriva no podía reducir la marcha, y que las pendientes seguían apareciendo cada vez más y más rápidamente; la angustia de todos cuando comenzara el griterío dentro de los vagones. Sixto, encorvado en su asiento, se abandonó a la vertiginosa sensación de caída a la que se había resistido toda su vida, curiosamente entonces reparó en que llevaba puesto un mono de mecánico, igual a aquél con el que recordaba a su padre, de color pardo grisáceo y con cercos de grasa. En los últimos momentos del precipitado descenso sin frenos no tuvo náuseas, llegó a sentir apetito; pensó con agrado en las sopas de leche que antaño le preparara su madre.

Realmente cualquier intento de Sixto hubiera resultado infructuoso, pues fue imposible realizar la parada de Albares; los doce coches empujaban a la Americana como si se deslizase. El jefe de Circulación de la estación, asustado al ver pasar el Correo desbocado, avisó a Torre del Bierzo, y comunicó que “prepararan la estación, que bajaba el tren sin control”. Pero ya no dio tiempo a nada. Una máquina de

maniobra y varios vagones se encontraban dentro del túnel e hicieron de tope al Correo en su loca carrera. El impacto impulsó fuera la locomotora. Pero dentro del túnel quedaban todavía algunos de sus vagones y las 5 primeras unidades del Correo.

Lo peor para los pasajeros de estos coches estaba por llegar, porque las señales alámbricas del túnel habían sido manipuladas, y, pese al desastre, dieron paso a un carbonero, que continuó su marcha normal, abalanzándose contra la locomotora que estaba fuera del túnel, y haciéndola descarrilar. El impacto fue tan violento que incendió las unidades que se encontraban dentro.

De León y Monforte partieron trenes de socorro. Ese mismo día, a las 20 horas, uno de los cuatro coches de tercera del Correo, que milagrosamente resultó sin averías ni víctimas, el número 8, en el que viajaba Amelia, trasladó a más de 25 heridos, también a alguno de los 84 cadáveres identificados por el juez de

instrucción. Muchos no se pudieron identificar: el último que subieron, el número 35, era un cadáver de poca estatura, decapitado y sin piernas.



«PATRI LA GIMNASTA»M^a Carmen Rodríguez Reina

Érase una vez una niña llamada Patri que quería llegar a ser la gimnasta famosa, ganadora de medallas de oro, por eso practicaba a diario sus ejercicios en el gimnasio.

Por las mañanas iba al colegio como cualquier niña de su edad y era amiga de todos, pero su mal genio hacía que a veces sus compañeras se enfadaran con ella, porque Patri no soportaba ni sus propios fallos ni los de las demás.

Cierto día había un concurso de gimnasia en el polideportivo y se presentaban chicas de toda la ciudad. Patri también se presentó.

Sus fans del colegio la aclamaban desde las gradas. Realizó sus ejercicios gimnásticos con una perfección

asombrosa, todo parecía estar claro: sería la ganadora, ella no admitiría otra cosa. Se creía la mejor. Pero ocurrió que en el último salto resbaló, se torció un tobillo y no pudo continuar. Su mal genio afloró, frunció el ceño y fue a sentarse en el banco donde descansaban otras gimnastas. Sabía que había podido ser suya la medalla de oro y no podía soportar que otra se la llevase. Contestaba mal a todos los que se acercaban a consolarla, incluso a una niña ciega que intentó animarla.

Llegó la final del concurso y la niña ciega realizó sus ejercicios con tanta precisión y soltura que se erigió campeona. Subió al podium a recoger su medalla y desde allí mismo se la dedicó a Patri diciendo:

He ganado este premio porque la mejor, Patri, se ha lastimado y no ha podido llegar a la final, si lo hubiese hecho nadie le habría ganado. Por eso quiero ser su amiga y compartir con ella este primer premio. ¡Gracias, Patri!

Cuando bajo del podium se acercó a Patri que lloraba emocionada. Le colgó la medalla al cuello y le dijo que era tan suya como de ella y que desde ese momento la consideraba su amiga.

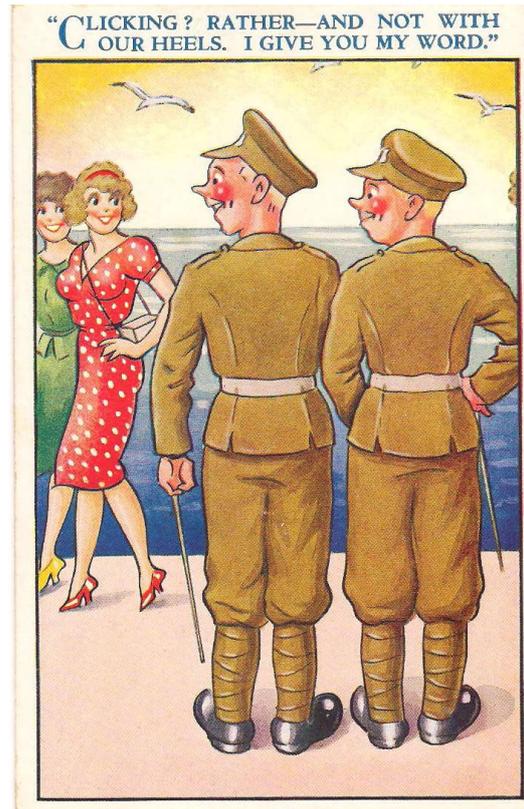
Patri le pidió perdón y prometió no tener nunca mal genio con nadie.

Todas las compañeras se acercaron y se hicieron juntas una foto para el periódico. Por fin Patri consiguió lo que quería, ser famosa, pero aprendió que

incluso un discapacitado puede ser mejor que ella. Y colorín colorado, nunca menosprecies al que está a tu lado.



Una mirada al pasado a través de las postales antiguas de Reg. Maurice



RESEÑAS DE LIBROS



Impuesto sobre Sucesiones y Donaciones en España de J. Félix García**Breve reseña biográfica del autor:**

J. Félix García es **Licenciado y Doctor en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid**. Pertenece al Cuerpo Técnico de Hacienda, al Cuerpo de Auditoría y Contabilidad y al Cuerpo Superior de Gestión Catastral. Ha desempeñado diversos cargos en la Secretaría de Estado de Hacienda, actualmente ocupa el puesto de Ponente del Tribunal Económico-Administrativo Central. Forma parte de los Foros Saíz de Bufanda y Vicente Arche en el Instituto de Estudios Fiscales, así como colabora con distintas publicaciones. También ha estudiado la historia del sur de la Extremadura castellana, el origen de sus poblaciones, sus tradiciones y el patricio histórico artístico que atesoran. Voluntario de Manos Unidas, ha publicado recientemente el libro: *el Impuesto sobre Sucesiones y Donaciones en España*.

La Revista Literaria Katharis quiere felicitar a Jesús Félix García de Pablos, por su publicación de la Tesis Doctoral «**El Impuesto sobre Sucesiones y Donaciones**» de la que se ha publicado un resumen por la editorial Aranzadi. Sin lugar a dudas, esta obra será un gran elemento de consulta entre los profesionales del Derecho, ya que llena un vacío existente y, actualiza el Impuesto de Sucesiones a la vista de la legislación comunitaria sobre el tema.

Reseña del libro:**EL IMPUESTO SOBRE SUCESIONES Y DONACIONES EN ESPAÑA:
Problemas Constitucionales y Comunitarios**

Este libro analiza la problemática actual del Impuesto sobre Sucesiones y Donaciones en España, fuertemente cuestionado sobre la base de su presunta inconstitucionalidad y de la disparidad normativa entre Comunidades Autónomas, lo que ha determinado su eliminación de “facto” en una mayoría de ellas en relación con las transmisiones gratuitas entre parientes cercanos.

En esta obra se estudia en profundidad la normativa estatal y autonómica sobre ese tributo, y se procede a realizar un análisis detallado de los argumentos sobre su posible anticonstitucionalidad, así como del respeto a los límites legales establecidos a la capacidad normativa de dichas Comunidades sobre los impuestos cedidos. Al mismo tiempo, se compara la legislación sobre el tributo con la existente en derecho comparado, y se detalla la última jurisprudencia del Tribunal de Justicia de la Unión Europea referente a las libertades económicas comunitarias y recaída sobre esta forma de tributación. Además se analiza la posible consideración de los beneficios fiscales en favor de la empresa familiar como posibles ayudas de Estado.

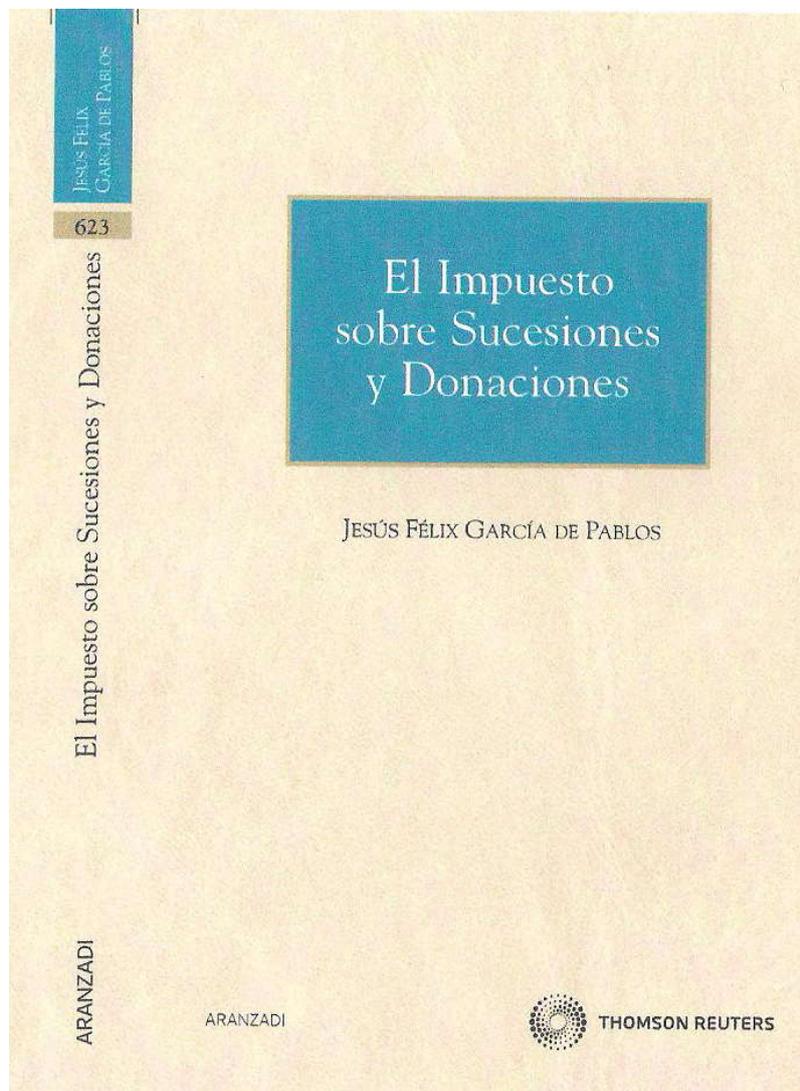
Este libro realiza una nueva visión a nivel doctrinal de los argumentos en contra de la actual regulación de la tributación de las adquisiciones gratuitas en España. Para concluir en la constitucionalidad del Impuesto sobre Sucesiones y Donaciones en España, aunque dicho gravamen debe ser objeto de reforma para reducir su tarifa excesivamente progresiva y adaptarlo a las circunstancias de la sociedad española.

No obstante, en esta obra también se enuncian las posibles discrepancias de la actual regulación, tanto relativas a nuestro texto constitucional y a la normativa que regula las capacidades normativas

de las Comunidades Autónomas, como en relación con la jurisprudencia del Tribunal de Justicia de la Unión Europea.

A través de este trabajo puede conocerse la verdadera problemática de ese impuesto en España en la actualidad y los posibles excesos de las Administraciones tributarias autonómicas en la aplicación de ese gravamen, de acuerdo con la normativa que las Comunidades Autónomas han dictado recientemente.

Al mismo tiempo, que se determina las posibles infracciones de la regulación estatal y autonómica de las libertades económicas comunitarias, ahora que la Comisión Europea ha dictado un dictamen motivado exigiendo a España la modificación de la actual regulación.



Portada de «El Impuesto sobre Sucesiones y Donaciones»



El Impuesto sobre Sucesiones y Donaciones está siendo fuertemente cuestionado en España actualmente, a su presunta inconstitucionalidad como señala un sector doctrinal, se ha sumado la disparidad normativa entre Comunidades Autónomas derivada de las reformas legislativas realizadas por éstas en los últimos años, que además ha determinado como resultado la supresión de -facto- de este gravamen en las transmisiones gratuitas entre parientes cercanos en la mayoría de ellas.

Este trabajo estudia la normativa estatal y autonómica sobre ese tributo, procede a realizar un análisis detallado de los argumentos sobre su posible anticonstitucionalidad, así como del respeto a los límites legales establecidos a la capacidad normativa de dichas Comunidades sobre los impuestos cedidos. Al mismo tiempo, se compara la legislación sobre el tributo con la existente en derecho comparado, y se detalla la última jurisprudencia del Tribunal de Justicia de la Unión Europea referente a las libertades económicas comunitarias y su relación con esta forma de tributación. Además se analiza la posible consideración de los beneficios fiscales en favor de la empresa familiar como posibles ayudas de Estado.

Por último, se enuncia unas breves conclusiones para arrojar algo de luz en la polémica entre detractores y partidarios con relación a la imposición de las adquisiciones gratuitas en España.

C.M. 11479

ISBN 978-84-9903-491-1



9 788499 034911

Contraportada del libro

El Impuesto sobre Sucesiones y Donaciones está siendo fuertemente cuestionado en España actualmente, a su presunta inconstitucionalidad como señala un sector doctrinal, se ha sumado la disparidad normativa entre Comunidades Autónomas derivada de las reformas legislativas realizadas por éstas en los últimos años, que además ha determinado como resultado la supresión de -facto- de este gravamen en las transmisiones gratuitas entre parientes cercanos en la mayoría de ellas.

Este trabajo estudia la normativa estatal y autonómica sobre ese tributo, procede a realizar un análisis detallado de los argumentos sobre su posible anticonstitucional, así como del respeto a los límites legales establecidos a la capacidad normativa de dichas Comunidades sobre los impuestos cedidos. Al mismo tiempo, se compara la legislación sobre el tributo con la existente en derecho comparado, y se detalla la última jurisprudencia del Tribunal de Justicia de la Unión Europea referente a las libertades económicas comunitarias y su relación con esta forma de tributación. Además se analiza la posible consideración de los beneficios fiscales en favor de la empresa familiar como posibles ayudas de Estado.

Por último, se enuncia unas breves conclusiones para arrojar algo de luz en la polémica entre detractores y partidarios con relación a la imposición de las adquisiciones gratuitas en España.

[Contraportada de *EL IMPUESTO SOBRE SUCESIONES Y DONACIONES EN ESPAÑA: Problemas Constitucionales y Comunitarios*]

Seix Barral Biblioteca Breve

Vicente Luis Mora**Alba Cromm****«Alba Cromm» de Vicente Luis Mora**

La subcomisaria de la Policía Nacional Alba Cromm no tiene familia propia, es huraña y esquiva. Ha conocido el peligro y sabe que ni los inocentes están libres de él. Lleva años desahogándose en un blog sordomudo, obsesionada por acabar con quienes manipulan, seducen y agreden a los niños aprovechando el anonimato que brinda Internet. Intuye que cuanto ha vivido y padecido la conduce al mayor reto de su vida: verse las caras con el hacker y pederasta más buscado, Nemo. Con motivo de su décimo aniversario, la revista Upman consagra un número especial a Alba Cromm y a las dos circunstancias que la han

llevado a la máxima atención informativa internacional: la polémica persecución del legendario y temible Nemo y la posible participación de Cromm en la resolución del desafío informático que el multimillonario Jehová Lesmer ha lanzado al mundo. Alba Cromm es una novela apasionante de suspense creciente que indaga en los procesos sociales que nos convierten en sospechosos o en perseguidores en un mundo incapaz de proteger a los más débiles.

Quienes siguen a **Vicente Luis Mora** saben que puede dejar sin aliento al contar una historia, quienes le descubran disfrutarán de su originalidad y de un talento casi cinematográfico para narrar. Y todos comprobaréis que las sorpresas que encierra este libro no empiezan ni acaban en él.



Vicente Luis Mora (Córdoba, 26 de septiembre de 1970) es un escritor, poeta, ensayista y crítico literario español.

Ha recibido diversos galardones por sus obras literarias. Colabora en revistas como *Ínsula*, *Animal sospechoso*, *Clarín*, *El invisible anillo*, *Mercurio* o *Quimera*, así como en el suplemento *Cuadernos del Sur* (Diario Córdoba). Está incluido en varias antologías de poesía y narrativa. Además, colabora en varias páginas web.

En 2007 fue nombrado director del Instituto Cervantes de Albuquerque (Nuevo México, Estados Unidos).

Director del Instituto Cervantes de Albuquerque, Mora ha publicado novela, ensayo y poesía, recibiendo premios como el Arcipreste de Hita 2000 o el Andalucía Joven de 2005.

Algunas de sus obras de Vicente Luis Mora:

Alba Cromm 2010
Tiempo 2009
Pasadizos 2008
Circular 07.
Las afueras 2007
La luz nueva 2007
Pangea 2006
Singularidades 2006
Subterráneos 2006
Circular 2003
Nova 2003

GACETILLA DE PRENSA

(por Ina Lomazzi)

“Reflejos, revanchas, reveses”, es el libro con el cual Isabel Ali alcanza hoy su sueño de ser édita. La particularidad de la escritura de Isabel consiste en que atraviesa lo cotidiano, rescatando vivencias de todos los días, como experiencias dignas de ser contadas. En este libro, conjuga historias de personas, e historias detrás y a través de las personas. Y describe en cada una paisajes y sensaciones, de manera tal que el lector no puede menos que sentirse parte de los relatos que las páginas, palabra a palabra, le van contando. “Reflejos, revanchas, reveses” es el nombre bajo el que se reúnen escritos premiados y otros completamente nuevos y que ha sido prologado por Andrés Aldao. —Reflejos de personas que nunca son las personas reales, sino el reflejo que mis ojos ven al espiar detrás de los cristales, revanchas que se toman o se dan ante las circunstancias, reveses que no vemos o no sabemos ver como lo que realmente son: la otra cara de la moneda —señala la autora. El libro, editado por el sello español Bohodón Ediciones, puede adquirirse ingresando a la web de la editorial, donde se encuentra la lista de los puntos de venta: [Bohodón Ediciones](#).

Porteña de nacimiento, cordobesa por elección, cocinera de oficio y escritora por vocación, Isabel vive desde hace doce años en El Pueblito, un barrio de Salsipuedes, en las Sierras Chicas.

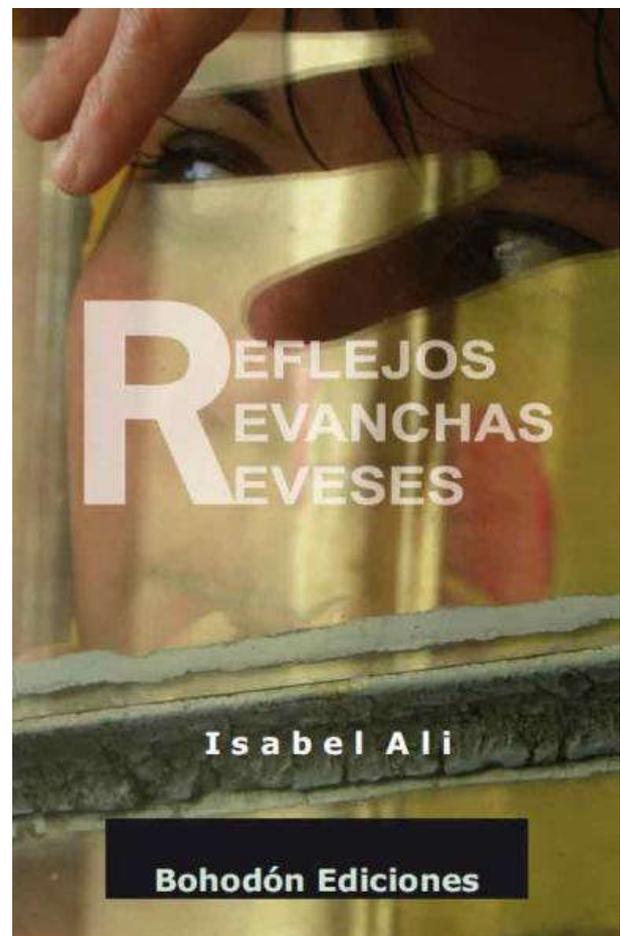
Participó en numerosos concursos literarios, muchos de los cuales ganó. Publicó sus relatos y poemas en distintas antologías. Dirige la

revista infantil Susurro de la Sierra: un proyecto orientado a que los niños en edad escolar dispongan de material de lectura de excelencia. La revista, que se imprime “a pulmón” a razón de un ejemplar por niño de cada una de las escuelas de la zona, tiene su espacio en la web en www.susurrodelaSierra.com.ar y está en permanente búsqueda de sponsors.

Isabel se autodefine como una eterna aprendiz. Por eso busca permanentemente mejorar la calidad de sus escritos. Participa actualmente de dos talleres literarios: [Los Forjadores](#) y [Extravaganzia](#)

“Reflejos, revanchas, reveses” es su primer trabajo editado como “solista”.

Para más datos, se puede consultar la web de Isabel: www.isaali.com.ar o contactarla en susurrodelaSierra@yahoo.com.ar



ARTÍCULOS Y ENSAYOS



El error de Sancho Panza de Juan Antonio Bellido Figueroa



A lo largo de las divertidas páginas del libro *Don Quijote*, Cervantes recreó una auténtica ficción dentro de la cual se vertebra el tema de las relaciones entre verdad (historia) y ficción (poesía). Una de esas creaciones del mundo ficcional es Sancho Panza.

Este carismático, y a la vez complejo, personaje decide seguir inconsciente o conscientemente al hidalgo caballero D. Quijote. No tiene otra cosa que hacer. De hecho, le acompaña durante las tres salidas que tienen lugar y que debe realizar D.

Quijote, el cual le promete a cambio una lejana y mágica isla llamada Barataria en la que el escudero Sancho será el gobernador, y de la que nunca tendrá noticias. Por eso, decide ser su escudero, y por lo tanto, lo vota.

En nuestra sociedad, el 80% de la población padece el síndrome de Sancho. Ejerce su voto desde la sinrazón, de tal manera que los resultados suelen ser nefandos. Y esto es debido a la falta de pensamiento, de cultura, que no le permite ver la impericia de los gobernantes. Así pues, en España los políticos de diversos partidos desempeñan puestos que no deberían ejercer por su extrema ignorancia, ya que andan sobrados de ineptitud y les falta lo que en algunos antiguos filósofos rebosa, es decir, intelecto.

Habrà muchas razones que demuestren los graves problemas de índole política, económica y cultural que supuran la realidad española en la actualidad. Tal vez, la solución sea un *azote* filosófico, cultural y político de nuestros grandes gobernadores, de don quijotes, para que no haya tantos sanchos pululando por las ciudades y pueblos de España.

Breve semblanza biográfica

Juan Antonio Bellido Figueroa nació en la hermosa y cosmopolita ciudad de Málaga en el 20 de octubre de 1985. A los 13 años, ya comenzaba a escribir textos en prosa.

Hizo el Bachillerato de «Humanidades y Ciencias sociales». Licenciado en Filología Hispánica en la Universidad de Málaga en la que trabajó como becario de Colaboración en el Dpto. de Filología Española I y Filología Románica mediante la Beca de Colaboración.

Participó en el «I Certamen de Relato Corto *Revista literaria Katharsis* 2008», obteniendo el Premio Finalista por su relato «El silencio de la cordura», que será publicado por la Asociación Cultural Amigos de la Revista Katharsis.

Colabora con la Revista Literaria Katharsis que publica en este número 10 el ensayo que lleva por título «El error de Sancho Panza»

Actualmente, reside en su ciudad natal con 25 años.

<http://www.revistakatharsis.org/>

damian@revistakatharsis.org

Nº 10, Julio 2010